FIAT

VERSIÓN CONDENSADA

LAS 214 PREGUNTAS Y RESPUESTAS *sobre la* DIVINA VOLUNTAD

Seguidas de las Fórmulas para recordar

214 respuestas breves • 214 fórmulas para recordar

Extracto de *Preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad*

amen-fiat.fr

Nota preliminar

Este cuadernillo recoge la versión condensada de las 214 preguntas de *Preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad* —solo su respuesta breve— seguida de la totalidad de sus Fórmulas para recordar, agrupadas según el mismo reparto en catorce partes. La obra completa —214 preguntas repartidas en catorce partes, con desarrollo, citas verificadas sobre el corpus italiano y articulación católica— está disponible gratuitamente en amen-fiat.fr, en francés, inglés, español e italiano, en formatos PDF y EPUB.

Licencia

Esta obra se pone a disposición conforme a los términos de la licencia Creative Commons *Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional* (CC BY-NC-ND 4.0). Puede compartirla por cualquier medio y en cualquier formato, siempre que reconozca debidamente la autoría, no haga de ella un uso comercial y no la modifique, transforme ni adapte.

creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

amen-fiat.fr y el canal de YouTube Amen Fiat (@Amen_Fiat) son las dos vertientes de un mismo proyecto: dar a conocer, amar y ayudar a vivir concretamente el Don de la Divina Voluntad, según los escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta.

amen-fiat.fr
youtube.com/@amen_fiat

Las 214 preguntas y respuestas: versión condensada

Las 214 preguntas que siguen van acompañadas únicamente de su respuesta breve, sin desarrollo, cita ni articulación católica —un recordatorio, una tabla de repaso rápido y una primera entrada para quien tiene poco tiempo. La obra íntegra, disponible en amen-fiat.fr, es la única que ofrece la demostración completa de cada respuesta.

Introducción general — ¿Por qué una obra de preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad?

Pregunta 1 — ¿Qué es la Divina Voluntad?

La Divina Voluntad es la Voluntad misma de Dios, una y eterna, por la cual crea, redime y santifica. Siguiendo a Luisa Piccarreta, esta obra llama así no solamente a esta Voluntad en sí misma, sino también al don por el cual un alma puede dejar que se convierta, aquí abajo, en el principio continuo de todos sus actos —un milagro de cada instante más que un acontecimiento aislado.

Pregunta 2 — ¿Qué son los tres Fiat de Dios?

Según las revelaciones recibidas por Luisa, la obra de Dios se despliega en tres grandes Fiat, tres «síes» divinos: el Fiat de la Creación, pronunciado por Dios solo; el Fiat de la Redención, pronunciado con el concurso de María; y un tercer Fiat, el de la Santificación, que Dios espera todavía ver plenamente cumplido en la tierra mediante el concurso libre de las almas. Estos tres Fiat forman la estructura misma de esta obra.

Pregunta 3 — ¿Cómo comprender que la Divina Voluntad sea la Voluntad única de las tres Personas divinas?

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no tienen más que una sola y misma Voluntad, puesto que no tienen más que una sola y misma naturaleza divina. Hablar de la «Divina Voluntad» nunca introduce, por tanto, una cuarta realidad junto a la Trinidad: es hablar de la Trinidad misma en la unidad de su querer, aquel querer único por el cual creó al hombre capaz de entrar en comunicación con ella.

Pregunta 4 — ¿Por qué hablar de un Reino de la Divina Voluntad?

Dios mismo dice querer «establecer sobre la tierra el Reino de su Divina Voluntad», para realizar plenamente el único fin para el cual creó al hombre. Este Reino no es, por tanto, una imagen entre otras: es el nombre mismo que Dios da al cumplimiento de su designio creador, tal como lo desarrollará la Primera parte.

Pregunta 5 — ¿Qué diferencia hay entre hacer la Voluntad de Dios y vivir en la Divina Voluntad?

Hacer la Voluntad de Dios es obedecerla acto por acto, como está llamado a hacerlo todo cristiano en todo tiempo. Vivir en la Divina Voluntad va más lejos: es dejar que esta Voluntad se convierta, de manera estable y continua, en el principio mismo del que proceden todos los actos del alma —ya no una obediencia repetida, sino una morada.

Pregunta 6 — ¿Por qué los escritos de Luisa Piccarreta son centrales para esta obra?

Porque Jesús confía en ellos a Luisa una misión que Él mismo presenta como nueva: si otras almas, antes que ella, hubieran vivido ya plenamente en la Divina Voluntad, la Iglesia habría conservado sus huellas, sus normas y su enseñanza. Este silencio de la tradición espiritual recibida es el signo mismo de la novedad del don confiado a Luisa. Pero Jesús va más allá de la sola novedad de la misión: reivindica Él mismo la autoría de la escritura, bendice los volúmenes resultantes con una fórmula sin ambigüedad y muestra anticipadamente a Luisa lo que un día hará la Iglesia con ellos.

Pregunta 7 — ¿Qué título completo da Jesús a los cuadernos de Luisa sobre la Divina Voluntad, hoy reunidos en treinta y seis volúmenes, y qué significa?

El 27 de agosto de 1926, dos días antes de bendecir de corazón este título (Introducción, P.6), Jesús lo había dictado Él mismo —no a Luisa, sino, en una visión que le concede, al sacerdote encargado de la impresión de los escritos sobre su Voluntad—: «El Reino de mi Divina Voluntad en medio a las criaturas. Libro de Cielo. Llamada a las criaturas al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fueron creadas por Dios». Jesús explica Él mismo este último elemento: quiere que la criatura comprenda que el puesto que Dios le ha asignado está en su Voluntad y que, mientras no entre en ella, permanece sin puesto, sin orden y sin finalidad —una intrusa en su propia Creación.

Pregunta 8 — ¿Cómo recibir estos escritos en la fe de la Iglesia?

Recibiéndolos exactamente como la propia Luisa los escribió: no por iniciativa propia, sino bajo la estricta obediencia a un confesor y con la entera sumisión de su juicio al de la autoridad eclesiástica. La Quinta parte reconstruirá el expediente completo de su recepción por la Iglesia; la actitud que debemos adoptar ante ellos se regula ya por la de la propia Luisa ante su confesor.

Pregunta 9 — ¿Dispensa la Divina Voluntad de los sacramentos, de la moral, de la Cruz o de la esperanza del Cielo?

No, nunca, en ninguno de estos cuatro puntos. Vivir en la Divina Voluntad no dispensa de los sacramentos (Parte IX), no aligera en nada las exigencias de la vida moral, sino que constituye, por el contrario, su cumplimiento más interior (Parte XII), nunca suprime la Cruz, sino que la transfigura sin apartarla (Partes III y X), y nunca reemplaza la esperanza del Cielo por un reinado terrestre que se bastaría a sí mismo (Parte XIV). Este principio de no sustitución gobierna la lectura de todo este libro.

Pregunta 10 — ¿Qué vínculo une el Reino de la Divina Voluntad con la oración del Padrenuestro?

Jesús mismo dice a Luisa que el tercer Fiat que espera no es otra cosa que el cumplimiento de la oración que enseñó a toda la Iglesia desde hace siglos: «hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo». Lo que la Iglesia pide así cada día desde hace dos mil años, Jesús anuncia a Luisa que quiere concederlo: el Reino de la Divina Voluntad es el cumplimiento mismo de esa oración.

Pregunta 11 — ¿Qué actitud interior se requiere para entrar en esta luz?

La pequeñez: reconocer la propia nada ante la grandeza de Dios, a imagen de María, elegida en su humildad y pequeñez, enteramente disponible a la gracia recibida. Jesús mismo dice escoger, para sus obras más grandes, a las almas más pobres y desprovistas —no para humillarlas, sino porque solo la pequeñez deja todo el lugar a su grandeza.

Primera parte — El designio originario: el hombre creado para vivir en la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Por qué creó Dios al hombre?

Dios creó al hombre por puro amor y con un único fin: que su Voluntad viviera en él y que él viviera en ella. Toda la Creación tiene un solo fin —que todos cumplan el Querer divino—, y el hombre estaba llamado a ello no como un siervo encargado de producir obras, sino como un hijo destinado a recibir la vida misma de Dios y a devolvérsela en gloria y amor.

Pregunta 2 — ¿Qué revela el soplo mediante el cual Dios dio la vida al hombre?

En el jardín del Edén, Dios formó la bella estatua del hombre y le dio la vida infundiéndole su aliento omnipotente: un soplo que no se limitó a animarlo, sino que vertió en él sus propias cualidades divinas y su propia Vida, haciendo de él, en un sentido real pero siempre analógico, un «pequeño dios» —hasta volverlo inseparable de su Creador. Este soplo, dice Jesús a Luisa, nunca cesó: continúa dándose a cada criatura, como la respiración que se exhala y después vuelve a inspirarse. Pero cuando la voluntad del hombre ya no se vuelve hacia Dios, este soplo deja de encontrar en ella el camino de regreso.

Pregunta 3 — ¿Cómo fue la creación del hombre, desde el origen, un intercambio de amor?

Crear el cielo y la tierra no despertó nada nuevo en el corazón de Dios, dice Jesús a Luisa; crear al hombre, sí, porque en él se formaba una voluntad libre, capaz de devolver el amor recibido. Dios creó al hombre en un verdadero éxtasis de amor, raptado ante su propia obra hasta querer ser amado por ella a su vez; y cuando el hombre, lleno de este don, pronunció su primera palabra, «te amo», la alegría de Dios fue inmensa, como si recibiera ya el interés de todos los bienes que acababa de darle. Lo que Dios esperaba no era un tributo ni una obra, sino un amor que volviera a Él, porque un amor, dice Jesús, llama siempre a otro.

Pregunta 4 — ¿Qué significa haber sido creado a imagen y semejanza de Dios?

El hombre es imagen de Dios porque es una persona, dotada de inteligencia, de voluntad y de amor. Pero la semejanza no es una propiedad adquirida de una vez para siempre: se realiza y se despliega en la Divina Voluntad. Haciéndola suya, la criatura llega a obrar a lo divino y, mediante la repetición de estos actos divinos, llega a convertirse en imagen perfecta de su Creador.

Pregunta 5 — ¿Qué significan los «tres soles» que Dios formó en el alma de Adán?

Jesús revela a Luisa que Dios, al crear a Adán, infundió en su alma «tres soles» formados respectivamente por la potencia del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo: son las tres potencias del alma —la inteligencia, la memoria y la voluntad—, realmente distintas entre sí, pero unidas en la única vida y en la unidad de acción del alma, a imagen de la misma Trinidad.

Pregunta 6 — ¿Cuál era el lugar de Adán en la Creación?

Adán fue creado rey de toda la Creación. Su realeza no era una dominación exterior, sino la supremacía de un hijo colocado en la cima de las obras de su Padre: conocía todos sus dominios, tenía derecho a depositar en ellos sus actos y debía formar su corona.

Pregunta 7 — ¿Qué es la gracia de «bilocación» de Adán y cómo abrazaba su alma toda la Creación?

El *Libro de Cielo* revela que Adán, antes del pecado, poseía una gracia de «bilocación»: mediante la potencia del Fiat Divino, su alma se hacía presente en todas las cosas creadas,

de modo que cada uno de sus actos de amor, de adoración y de palabra resonaba en el universo entero, haciendo de él, en verdad y no por simple metáfora, el rey de toda la Creación.

Pregunta 8 — ¿Cómo era la vida de Adán antes del pecado?

La vida de Adán al comienzo fue una época de felicidad recíproca entre Dios y su criatura: su voluntad era la de Dios, y la de Dios era la suya. Dotado de todos los bienes, tomaba libremente de su Creador santidad, sabiduría, potencia y felicidad: era su prototipo, su retrato, su hijo feliz.

Pregunta 9 — ¿Qué sucedió en el Cielo con los actos que Adán realizó en la Divina Voluntad antes de su caída?

Nunca fueron borrados. Un acto hecho en la Divina Voluntad es, dice Jesús a Luisa, tan intangible como la Voluntad misma: ni la fragilidad de quien lo realizó, ni siquiera su caída posterior, pueden deshacerlo. Por eso Adán posee en el Cielo una gloria única entre los santos, solo inferior a la de la Virgen María —y esos mismos actos, permanecidos intactos, pasaron como herencia a toda su descendencia, como prenda y derecho al Reino, reverso exacto de la herencia del pecado original.

Pregunta 10 — ¿Qué significa poseer el Reino de la Divina Voluntad?

Poseer el Reino de la Divina Voluntad es tener la Voluntad de Dios no como una ley exterior, sino como la propia vida, herencia y bien: permanecer voluntariamente en el acto primero de la propia creación, encontrar en él todos los bienes y ejercer en el Fiat un verdadero derecho de hijo sobre las obras de Dios.

Pregunta 11 — ¿Qué significa el «vacío» del alma que Adán debía llenar con sus actos?

Jesús revela a Luisa que, así como Dios creó un «vacío visible» —el universo— para desplegar en él sus obras, creó también en el alma humana un «vacío invisible», todavía más vasto, destinado a convertirse en morada de Dios mismo: cuanto más realiza el alma actos en la Divina Voluntad, tanto más deja que este vacío se llene de la presencia divina, la única que puede colmarlo.

Pregunta 12 — ¿Por qué permanece la Creación en el Fiat?

La Creación permanece en el Fiat porque el Fiat es su vida, su orden y su firmeza. Procedentes de la Voluntad de Dios, las criaturas sin inteligencia no tienen voluntad propia que oponerle: permanecen en el acto que las creó, y por eso el cielo, el sol y el mar conservan, desde el origen, su orden, su armonía y su constancia.

Pregunta 13 — ¿Qué relación debía tener el hombre con la Creación?

La Creación fue dada al hombre como su morada y como su espejo. Debía mirarse en ella para copiar en sí mismo el orden, la armonía, la luz y la firmeza de las obras de su Creador —y la Creación, a su vez, debía reflejarse en él, reflejándose el uno en el otro.

Pregunta 14 — ¿Qué gloria debía dar el hombre a Dios en nombre de todos?

El hombre debía ser la voz de la Creación. Todas las criaturas glorifican a Dios por su ser, pero son mudas; el hombre, en cambio, debía hablar, amar, adorar y obrar en nombre de todas, de modo que su voz resonara en toda la Creación y que Dios recibiera, de su primer hijo, el amor y la adoración de todas sus obras.

Pregunta 15 — ¿Por qué la vida en la Divina Voluntad es la finalidad primera de la Creación?

Porque Dios lo dijo y nunca se ha retractado: la única finalidad para la cual fue creado el hombre es que la Divina Voluntad viva en él y reine sobre la tierra. Todo lo que Dios ha hecho desde la creación del mundo, y todo lo que hará, conserva este principio: que el hombre vuelva a la herencia del Reino del Fiat.

Pregunta 16 — ¿Por qué Dios no puso en el hombre, al crearlo, un acto determinado, sino un acto siempre creciente?

Jesús revela a Luisa que Dios no trató al hombre como al resto de la Creación, dotada de un acto determinado de una vez para siempre; vinculó a su libertad un acto siempre creciente, negándose a decirle jamás «basta». Un padre digno de este nombre nunca fija un término al alimento de su hijo: eso sería el dominio de un amo, no el amor de un padre. Por eso Dios puso incluso su propia Voluntad a disposición del hombre, para que pudiera sostener, a sus propias expensas, este crecimiento sin fin.

Pregunta 17 — ¿Creó Dios al hombre para una simple obediencia o para una vida filial en su Querer?

Para una vida filial. Dios no quiso un ejecutante que cumpliera órdenes, sino un hijo en el cual formar su propia Vida. A medida que el hombre hace la Voluntad de Dios, Dios completa su Vida en él, acto tras acto, hasta que el Creador vuelve a encontrar en su criatura su propio sol y la lleva, transformada con Él, a las delicias del Cielo.

Segunda parte — La Caída: la pérdida del Reino de la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Qué poseía Adán en la Divina Voluntad antes de la Caída?

Adán tenía la Voluntad de Dios como centro de su vida y de todos sus actos. De ella recibía una fuerza, un dominio y un atractivo enteramente divinos: su mismo aliento y sus gestos más sencillos llevaban algo de Dios, hasta el punto de que el Cielo se sentía como «herido de amor» por cada uno de sus actos.

Pregunta 2 — ¿Cómo llegó Adán a retirarse del Fiat?

Antes incluso de desobedecer, Adán dejó de amar: olvidó que Dios lo amaba y olvidó amarlo en correspondencia —«este fue el primer germen de su culpa». De este olvido nació la seducción de los sentidos ante el fruto prohibido, y después el acto mismo de desobediencia a un mandato que Dios había expresado claramente para probar su fidelidad. Primero cesó el amor; después comenzó el pecado.

Pregunta 3 — ¿Por qué el pecado original es la pérdida del Reino de la Divina Voluntad?

Porque un acto hecho sin la plenitud de la Divina Voluntad, aun siendo idéntico en apariencia a un acto realizado antes de la Caída, queda vaciado interiormente: se vuelve como un alimento sin condimento, un fruto sin madurez, una flor sin perfume. El pecado original no ofendió, por tanto, a Dios una sola vez: cambió, en su raíz, la naturaleza misma de todos los actos que vendrían después.

Pregunta 4 — ¿Qué perdió el hombre junto con este Reino?

El hombre perdió su nobleza, su fuerza y su semejanza con su Creador. La imagen de Dios permanece grabada en él, imborrable; pero la semejanza viva —esa vida divina que hacía sabroso para Dios cada acto de Adán— se retiró juntamente con la Voluntad que era su principio.

Pregunta 5 — ¿Por qué esta pérdida concierne a toda la humanidad?

Porque Adán fue creado como cabeza de toda la familia humana. Al sustraerse del Fiat, no actuó solamente para sí mismo: mediante ese mismo gesto llevó a la infelicidad a todos los que debían nacer de él, como un jefe cuya caída alcanza a todo su pueblo.

Pregunta 6 — ¿Podía el hombre, después de la Caída, seguir viviendo en la Divina Voluntad como Adán?

No. Después del pecado, Adán pudo todavía llorar su culpa y *hacer* la Voluntad de Dios — pero ya nunca pudo *poseerla* como antes, porque faltaba el mismo Dios ofendido, el único capaz de rehacer el injerto roto entre la criatura y el Creador.

Pregunta 7 — ¿Qué diferencia hay entre vivir de los efectos de la Divina Voluntad y poseer su unidad?

Vivir de los efectos es recibir de la Voluntad de Dios gracias, luces y auxilios puntuales; poseer su unidad es tenerla a Ella misma como fuente única y permanente de todos los propios actos. La distancia entre ambas cosas, dice Jesús a Luisa, es la que separa a Adán inocente de Adán después del pecado.

Pregunta 8 — ¿Cómo pudieron los justos y los santos hacer la Voluntad de Dios sin poseer el Don como Adán?

Porque la Divina Voluntad, aun sin ser poseída como centro único de la vida, nunca se retiró totalmente del hombre después de la Caída: se le ofreció como remedio —medicina contra las pasiones, salud para el alma y alimento para crecer en santidad—, según lo que cada uno estaba dispuesto a recibir.

Pregunta 9 — ¿Por qué el hombre no podía recuperar por sí mismo el Edén perdido?

Porque faltaba Dios ofendido en persona. Ninguna lágrima humana, por sincera que fuera, podía reparar una herida hecha a Dios: solo el Verbo Eterno, al descender a la tierra, pudo rehacer el injerto roto entre la criatura y el Creador —y esperó cuatro mil años para hacerlo.

Pregunta 10 — ¿Cómo se inscribe la conciencia del pecado personal en esta pérdida más profunda?

Cada pecado personal repite, a pequeña escala, el mismo gesto de Adán: un acto de la voluntad humana que se opone a la Divina, o que se busca a sí misma incluso en las obras más santas. La conciencia del pecado personal debe, por tanto, leerse a la luz de esta pérdida más amplia, sin lo cual se reduce a una cuenta de faltas aisladas.

Pregunta 11 — ¿Por qué el amor gratuito de Dios, dado sin medida, sufre por la indiferencia o el desprecio del hombre?

Porque Dios quiso, al crear al hombre, un amor de verdadera reciprocidad y no un homenaje mecánico: a diferencia del cielo, del sol y de las estrellas, a los que no dejó libertad alguna, creó al hombre libre, precisamente para que pudiera devolverle un amor verdaderamente suyo. Esta misma libertad, la única que hace posible un amor digno de este nombre, hace posible también su rechazo —y por eso la indiferencia o el desprecio del hombre pueden herir realmente a un amor que, sin ella, quedaría al abrigo de toda herida.

Tercera parte — La Redención: Jesús rehace al hombre y prepara el retorno del Reino

Pregunta 1 — ¿Por qué el Verbo se habría hecho carne aunque el hombre no hubiera pecado?

Según la luz propia del *Libro de Cielo*, el Verbo se habría hecho carne aunque el hombre no hubiera pecado: ya era, desde toda la eternidad, la finalidad primera de la Creación que la Divina Voluntad reinara visiblemente en una criatura coronada como cabeza de la familia humana. El pecado de Adán no hizo necesaria la Encarnación allí donde, de otro modo, no lo habría sido —solo cambió su modo: en vez de venir como rey glorioso escoltado por sus ángeles, el Verbo vino bajo las apariencias más humildes, pobre y sufriente, para sanar al hombre a quien, de otro modo, habría encontrado ya feliz y santo.

Pregunta 2 — ¿Por qué sufre Jesús desde el primer instante de su Encarnación?

Desde el mismo instante de su Concepción en el seno de María, la Humanidad santísima de Jesús, dotada del uso perfecto de la razón, conoció y abrazó todo el dolor de la condición caída que venía a asumir: la Pasión visible del Calvario no hace sino manifestar en el tiempo una Pasión interior ya plenamente llevada desde el primer instante de la Encarnación.

Pregunta 3 — ¿Qué nos enseñan las dos voluntades de Cristo?

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, posee una voluntad divina y una voluntad humana verdaderamente distintas —su voluntad humana no es suprimida ni absorbida por su voluntad divina, sino que le está libre y perfectamente sometida. Este misterio, definido por la Iglesia contra la herejía monotelita, es el modelo exacto e insuperable de lo que la Divina Voluntad pide a cada criatura: no el aniquilamiento de la voluntad humana, sino su unión filial con la Voluntad de Dios.

Pregunta 4 — ¿Por qué debía Jesús poseer en sí el Reino de la Divina Voluntad?

Jesús debía poseer plenamente en su Humanidad el Reino de la Divina Voluntad —es decir, vivir, en su naturaleza humana, la unión perfecta y total con la Voluntad del Padre—, pues nadie puede devolver a otro un bien que no posee él mismo en plenitud. El Reino perdido por Adán debía ser formado de nuevo, intacto, primero en la Humanidad de Cristo, antes de poder ser devuelto a la criatura.

Pregunta 5 — ¿Qué significa el cáliz de Getsemaní a la luz del Fiat?

El cáliz que Jesús pide al Padre que aparte en el Huerto no es ante todo el de los sufrimientos de su Pasión: es el cáliz de la voluntad humana de todas las criaturas, sin la Divina Voluntad —un cáliz de amargura y de vicio tan repugnante que la Humanidad de Jesús, unida a la Divinidad, experimentó ante él un horror y un terror extremos. Al repetir tres veces «non mea voluntas, sed Tua Fiat», Jesús obtuvo para la tierra el futuro establecimiento del Reinado del Fiat.

Pregunta 6 — ¿Cómo rehízo Jesús los actos de todas las criaturas?

A lo largo de toda su vida terrena, Jesús rehízo, en su Humanidad unida a la Divinidad, lo que cada criatura de todos los tiempos estaba obligada a hacer para con Dios: adoró, agradeció, reparó, glorificó y oró por cada uno en particular, yendo a buscar en el Querer Eterno cada acto posible de las criaturas para hacerlo suyo.

Pregunta 7 — ¿Por qué reparó Jesús los actos no realizados, mal realizados o realizados humanamente?

En el Querer Eterno en el que su Humanidad estaba sumergida, Jesús veía todos los actos que las criaturas habrían debido realizar y no realizaron, así como las mismas buenas acciones realizadas solamente de manera humana; Él mismo realizaba los actos no realizados y rehacía los que habían sido mal realizados —obra ya, en sí misma, enteramente perfecta y concluida, a la que objetivamente nada falta.

Pregunta 8 — ¿Cómo devuelve Jesús al Padre la gloria que el hombre ya no podía darle?

Porque el Reino de la Divina Voluntad fue formado en su Humanidad, cada uno de los actos de Jesús —cada pensamiento, cada mirada, cada respiro, cada latido del corazón, cada gota de su sangre— llevó la impronta del Fiat y devolvió así al Padre una gloria perfecta, la gloria misma que la criatura, al retirarse del Fiat, había dejado de ofrecerle.

Pregunta 9 — ¿Por qué la Redención no manifiesta inmediatamente el Don de la vida en la Divina Voluntad?

Jesús reconquistó y formó el Reino de su Voluntad en su Humanidad ya en el tiempo de la Redención, pero no podía darlo inmediatamente a criaturas que aún no habían recibido y hecho fructificar todos los bienes de la Redención misma, destinados a servirles de preparación, de ajuar y de antídoto antes de entrar en el Reino de la Divina Voluntad: dar de entrada un bien tan grande, sin esta preparación, habría expuesto al hombre al riesgo de volver a caer, como Adán, en una segunda caída.

Pregunta 10 — ¿Cómo prepara la Pasión el Reino del Fiat?

El Reino de la Redención, obtenido por la Pasión y la muerte de Jesús, cura y prepara al hombre enfermo y herido por el pecado; esta misma Sangre derramada sirve después de pasaporte para entrar en el Reino más vasto de la Divina Voluntad, en el que solo entran almas ya curadas y restituidas a su plena salud espiritual.

Pregunta 11 — ¿Cómo prosiguen la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés la obra de la Redención?

La Resurrección de Jesús, «primer acto» que restituye a toda criatura el derecho de resucitar en su alma y en su cuerpo, abre cuarenta días durante los cuales Él mismo enseña y confirma el futuro reinado de su Voluntad; su Ascensión, lejos de ser una simple partida, abre una presencia nueva —se va y permanece—, y Pentecostés, al derramar sobre toda la Iglesia el mismo Espíritu, termina de abrir en la historia el espacio donde este reinado podrá un día desplegarse plenamente.

Pregunta 12 — ¿Por qué el retorno del Reino es la corona de la Redención?

El Fiat que creó el universo y el Fiat que realizó la Redención están ya entrelazados uno en otro como un solo y mismo acto divino; pero este entrelazamiento permanece inacabado mientras un tercer Fiat no venga a coronar los dos primeros, uniéndose a ellos mediante un acto humano libremente ofrecido. El retorno del Reino no añade, por tanto, nada extraño a la Creación y a la Redención: es su cumplimiento orgánico, sin el cual la obra divina permanecería incompleta, según las propias palabras de Jesús.

Pregunta 13 — ¿Por qué el alma debe pasar por la Humanidad de Jesús para entrar en el Reino de la Divina Voluntad?

Porque Jesús mismo lo enseña sin rodeos: su Humanidad fue, durante su vida terrena, el «cielo» donde habitaba su Divinidad, y permanece para siempre como la única puerta por la que el alma debe entrar para encontrar esa misma Divinidad y vivir de su Voluntad. Ninguna elevación mística, por alta que sea, permite alcanzar directamente la Divinidad eludiendo esta Humanidad que el Verbo asumió precisamente para dárnosla como camino.

Cuarta parte — María: la criatura que nunca perdió el Reino

Pregunta 1 — ¿Por qué María es el modelo perfecto de la vida en la Divina Voluntad?

De toda la historia del mundo, Jesús —en su Humanidad santísima, inseparablemente unida a la Persona del Verbo— y María, la única pura criatura de toda la descendencia de Adán, son los dos únicos que han vivido de la Divina Voluntad sin dar jamás vida a una voluntad propia separada del Fiat. Allí donde Adán, aun siendo inocente, sólo tuvo un período de vida en el Fiat, interrumpido por la Caída, sólo María posee una vida y unas obras enteramente cumplidas en la Divina Voluntad, sin defecto ni interrupción, desde el primer instante de su Concepción hasta su Asunción.

Pregunta 2 — ¿Qué vínculo existe entre la Inmaculada Concepción y el Reino del Fiat?

La Concepción inmaculada de María no fue solamente una preservación de la culpa original: fue, en el vocabulario propio de *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, el prodigio por el cual el Fiat divino recorrió en ella, en un solo instante, las seis etapas que la Creación entera había necesitado seis días para cumplir —de modo que María tomó posesión del Reino de la Divina Voluntad desde el primer instante de su existencia.

Pregunta 3 — ¿Qué significa que María nunca dio vida a su voluntad humana?

Aunque dotada de una voluntad humana verdadera y libre, María nunca la dejó actuar independientemente de Dios ni en oposición a Él: la ejerció en cada instante en una adhesión perfecta a la Divina Voluntad. En este sentido dice que la tomó y la ató «al pie del Trono divino», en ofrenda perpetua, sin darle nunca una vida autónoma —sacrificio continuado incluso en sus actos más virtuosos, y que ella misma llama «el sacrificio de los sacrificios».

Pregunta 4 — ¿Cuál fue la prueba de María?

Desde el primer instante de su Inmaculada Concepción, en el momento mismo en que recibió el uso de razón, María fue sometida a una prueba que Dios no pidió a ninguna otra criatura: permanecer fiel a la Divina Voluntad sin hacer jamás uso de su propia voluntad, no por un tiempo limitado, sino durante toda su vida —prueba necesaria para que el Verbo Eterno, al descender en ella, no encontrara voluntad humana alguna que pudiera oponerse a la suya.

Pregunta 5 — ¿Por qué María recibe la posesión del Reino?

Porque triunfó plenamente de la prueba requerida, ofreciendo su voluntad humana sin reserva, María recibió de la Santísima Trinidad la posesión de todas las cualidades divinas en la medida en que una criatura puede recibirlas, y fue constituida Reina y Secretaria del Cielo, encargada de poner a salvo el destino del género humano.

Pregunta 6 — ¿Cómo se convierte María en la Madre del Verbo encarnado en el Reino de la Divina Voluntad?

En la Anunciación, el ángel pidió a María que pronunciara su «fiat» para que el de Dios pudiera cumplirse en ella; cuando lo pronunció, los dos fiat —el suyo y el de Dios— se fusionaron en un solo acto, dando vida, a partir de su propia humanidad, a la pequeña Humanidad del Verbo Divino. Así, el gran Prodigio de la Encarnación no fue obra de Dios solo: requirió y recibió el fiat libre de una criatura ya plenamente establecida en el Reino de su Voluntad.

Pregunta 7 — ¿Cómo se convierte María en Madre de los hijos de la Divina Voluntad?

El mismo amor infinito que se sirvió de María para hacer descender al Verbo Eterno a la tierra le confía después el mandato de formar a los hijos del Reino de la Divina Voluntad: su maternidad no se detiene, por tanto, en Jesús, sino que se extiende, mediante un único

movimiento de amor, a toda alma que acepta dejar reinar en ella a la Divina Voluntad como reinó en la propia María.

Pregunta 8 — ¿Cómo forma María al alma para que deposite su voluntad?

María no se limita a exponer una doctrina: enseña, día tras día, en la escuela de una pedagogía materna concreta, a depositar la propia voluntad en sus manos para que ella la purifique, la embellezca y la ate a la suya, a los pies del Trono divino —hasta que el alma pueda decir con ella: «Mi voluntad no tiene ya vida; mi vida es la Divina Voluntad».

Pregunta 9 — ¿Por qué *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad* es una pedagogía de entrada en el Reino?

El libro que María dicta a Luisa no es una exposición doctrinal sobre la Divina Voluntad: es, en su misma forma, una escuela materna de treinta y un días y seis apéndices, en la que cada lección sigue el mismo movimiento —el alma se acerca, la Reina del Cielo enseña, se propone una práctica concreta, una breve oración la sella—, reproduciendo así, en el ritmo mismo de la lectura, el movimiento de acogida progresiva que María pide a quien quiera entrar en el Reino.

Quinta parte — El tiempo del Don: Luisa, los conocimientos y la manifestación del Reino

Pregunta 1 — ¿Por qué elige Dios un tiempo para manifestar el Don?

Jesús guarda en sí, como retenidos en una espera prolongada, todos los actos interiores realizados por su Humanidad en la Divina Voluntad durante su vida terrena: quieren darse y hacerse conocer a las almas, pero Dios, como una madre que lleva a su hijo, espera el momento justo para este gran alumbramiento —un tiempo elegido no por indiferencia, sino por un amor que no quiere precipitar nada ni dejar que nada falte.

Pregunta 2 — ¿Por qué no fue manifestado el Don de la misma manera desde los primeros siglos?

Porque la criatura debía primero conocer y apropiarse de los actos externos de Jesús —su vida pública, su Pasión, todo lo que predica el Evangelio— antes de poder recibir la revelación, mucho más interior y mucho más exigente, de lo que su Voluntad obraba secretamente en su Humanidad. Dios procedió como un maestro que enseña primero las letras antes de hacerles escribir frases completas.

Pregunta 3 — ¿Qué revela el ritmo de los «dos mil años» sobre el orden providencial de la historia?

Jesús revela a Luisa que su providencia conduce la historia por grandes períodos de dos mil años, cada uno sellado por un acto de renovación del mundo —el diluvio, después su propia venida en la carne—, y que se acerca una tercera renovación, más interior: no un nuevo Evangelio, sino la plena manifestación de lo que su Divinidad obraba ya, en secreto, en su Humanidad. Este ritmo no se da a conocer ni como un cálculo que verificar ni como una fecha que esperar, sino como la firma de un Maestro de la historia que no deja nada al azar y conduce todo hacia la plenitud de los tiempos.

Pregunta 4 — ¿Cuál es la misión propia de Luisa Piccarreta?

Luisa recibe la misión, inédita en la historia de la Iglesia, de vivir plenamente en la Divina Voluntad y de recibir su pleno conocimiento, a fin de abrirla después a otras almas. Jesús mismo atestigua la novedad radical de esta misión mediante un argumento sobrio: si otras

almas hubieran vivido así antes que ella, la Iglesia conservaría su huella en su enseñanza —ahora bien, esta huella no existe.

Pregunta 5 — ¿Por qué Luisa es llamada la pequeña hija de la Divina Voluntad?

Jesús llama a Luisa su hija «primogénita» de su Voluntad —la primera en recibir esta vida en plenitud—, pero siempre «pequeña», porque la grandeza de la misión recibida solo encuentra su igual en la pequeñez de quien la recibe: precisamente en esta humildad, y no a pesar de ella, Dios elige depositar un don tan grande.

Pregunta 6 — ¿Qué son los «conocimientos» de la Divina Voluntad?

Los conocimientos son las verdades que Jesús revela progresivamente sobre su Divina Voluntad; nunca son simples informaciones, sino que llevan en sí mismos la vida, el valor y los efectos del bien que dan a conocer, del mismo modo que la luz del sol, al investir a una criatura, puede literalmente transformarla en «pequeño sol» a su imagen.

Pregunta 7 — ¿Por qué el Reino está fundado sobre las verdades reveladas y por qué espera Dios que sean conocidas?

El Reino de la Divina Voluntad será tanto más rico cuanto más numerosas sean las verdades reveladas y recibidas acerca de este Reino, porque cada verdad desempeña en él un oficio distinto —maestro, padre, madre— y lleva consigo una parte de vida que ninguna otra puede suplir; estas verdades son, por tanto, los heraldos necesarios de este Reino, y dar el Don sin ellas equivaldría a darlo a ciegos, incapaces de servirse de él.

Pregunta 8 — ¿Cómo reproducen los conocimientos, la gracia y las virtudes, en el alma, la obra misma de la Creación?

Jesús revela a Luisa que lo que obra en el alma que vive en su Voluntad supera lo que hizo en la Creación misma: cada conocimiento que manifiesta de sus perfecciones despliega en ella un nuevo cielo; a medida que el alma se eleva en estas verdades, forma en ella nuevos soles; cada gracia derramada, cada unión renovada, se convierte en un nuevo mar; y hasta en el ejercicio de las virtudes por medio del cuerpo, se complace en hacer florecer en ella un jardín siempre nuevo.

Pregunta 9 — ¿Qué diferencia hay entre la santidad de las virtudes y la santidad de la vida en la Divina Voluntad?

La santidad de las virtudes se adquiere mediante actos repetidos de paciencia, obediencia y caridad, en el orden humano, por heroicos que sean; la santidad de la vida en la Divina Voluntad, en cambio, hace obrar al alma «a la manera divina», escondida bajo la apariencia de la sencillez, pero alcanzando en realidad, en el orden de la Voluntad que posee, todo el bien que pueden producir conjuntamente todos los demás santos.

Pregunta 10 — ¿La santidad de las virtudes debe ser superada o llevada a cumplimiento?

Jesús revela que la santidad de las virtudes nunca es rechazada por la del Fiat, sino concentrada, consumada y llevada a su término para servirle de escabel: esto es lo que hizo primero en la propia Luisa, antes de darle a conocer la santidad del vivir en su Querer. Sin embargo, esta santidad ordinaria lleva consigo un riesgo que no puede, por sí misma, apartar enteramente: rara vez exenta de motivos mezclados —estima propia, deseo de agradar, búsqueda de una gloria propia—, expone al alma a obrar más por el gusto que encuentra en ello que por el bien que contiene la virtud. La Divina Voluntad, abatiendo primero la voluntad propia, purifica lo que la sola práctica de las virtudes no podía purificar por sí misma.

Pregunta 11 — ¿Cómo recibió la Iglesia a Luisa y sus escritos?

La historia de la recepción eclesial de los escritos de Luisa Piccarreta está hecha de alternancias que un trabajo serio debe exponer sin ocultarlas: aprobación inicial e *Imprimatur* durante su vida, inclusión en el Índice de tres obras publicadas en 1938, abolición del Índice en 1966, apertura de la causa de beatificación por Trani en 1994, estructuración canónica de la asociación oficial en 2010, comunicación de Mons. Pichierri en 2012 —favorable a una lectura seria de los escritos, aunque manteniendo entonces la prohibición de publicarlos—, señalamiento de ambigüedades por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe en 2019, que ocasionó una suspensión temporal del proceso, y, finalmente, en junio de 2024, conclusión de que «en los escritos y en el pensamiento de la Sierva de Dios no se observan afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia» y *nihil obstat* para la reanudación del itinerario canónico. El Postulador hizo pública esta decisión el 10 de agosto de 2024 y precisó que la continuación de la causa debía ir necesariamente acompañada de una edición típica y crítica oficial de los escritos.

Pregunta 12 — ¿Por qué el Don no es una espiritualidad privada entre otras y cómo evitar toda lectura orgullosa, sectaria o separada de la Iglesia?

La vida en la Divina Voluntad no es una espiritualidad opcional reservada a un círculo de iniciados separado del resto de la Iglesia: es, según el propio *Libro de Cielo*, el cumplimiento mismo del designio de toda la Creación y de la petición central del Padrenuestro. Toda lectura que hiciera de ella una élite espiritual, un grupo replegado sobre sí mismo o una fuente de autoridad concurrente con la de los obispos traiciona, por tanto, por el solo hecho de este encerramiento, el espíritu mismo del texto que pretende seguir.

Pregunta 13 — ¿Cómo acoger las revelaciones sobre el Don con humildad, obediencia y fidelidad católica?

El Don de la vida en la Divina Voluntad se recibe como toda revelación privada auténtica: con confianza y gratitud, pero sin concederle jamás la autoridad propia de la Revelación pública, culminada de una vez para siempre en Cristo y transmitida por la Iglesia; se trata de una ayuda para vivir mejor esta misma fe en un tiempo determinado, nunca de un complemento que, sin él, la haría incompleta.

Pregunta 14 — ¿Qué función confía el Señor a los sacerdotes en la proclamación misionera del Reino de la Divina Voluntad?

Jesús llama a los sacerdotes, en repetidas ocasiones y a lo largo de varios años de revelaciones, a convertirse en heraldos del conocimiento de su Fiat Divino, como los profetas lo fueron para su primera venida y los Apóstoles para su Redención. Es al sacerdocio mismo de su Iglesia al que confía esta misión, y Él mismo da su medida.

Pregunta 15 — ¿Está reservado el Don de la Divina Voluntad a las almas que reciben fenómenos místicos extraordinarios?

No. El camino extraordinario por el que Luisa recibió y transmitió los conocimientos sobre la Divina Voluntad —visiones, dictados, fenómenos corporales— pertenece a su misión propia e irremplazable, no a la naturaleza misma del Don. Dios, dice el texto, busca almas que *quieran* vivir en su Voluntad; es esta voluntad de hacerlo, no la experiencia mística extraordinaria, la que abre el acceso al Don tal como lo describe la Sexta parte.

Pregunta 16 — ¿Cómo comprender que Jesús asocie la misión de Luisa a las de María, sin quitar nunca nada a las prerrogativas propias e incomparables de la Reina del Cielo?

Jesús revela a Luisa que su misión de dar a conocer la Divina Voluntad, unida a la de María

como Madre del Redentor, refleja en la tierra la vida misma de las tres Personas divinas, sin sustituirla jamás ni igualarse a ella: la maternidad de María refleja la Paternidad, la Humanidad de Jesús manifiesta al Verbo, y la misión de Luisa refleja la obra propia del Espíritu Santo, que manifiesta los secretos escondidos de Dios. Él mismo precisa que esta misión, como la de María, no se repite jamás; y Luisa, en el mismo movimiento, no cesa de reconocerse ante Dios como «una pequeña niña», nunca como una privilegiada dispensada de la pequeñez común debida a toda criatura.

Pregunta 17 — ¿Por qué une Jesús, en una visión, la mano de Luisa a la de María ante el Trono de la Trinidad?

Porque Luisa recibe, en el orden de este tercer Fiat por el cual Dios quiere llevar a cumplimiento su designio sobre la humanidad (Introducción, P.2), un papel estructuralmente comparable al que María recibió para la Redención: es su origen y depositaria en la historia. Jesús lo dice sin rodeos, mediante la imagen del inventor: otros después de ella propagarán, difundirán, harán fructificar este bien, pero siempre se dirá que el origen del reino de su Fiat, la depositaria, fue la Pequeña Hija de su Voluntad. Esta función de origen común a María y a Luisa —nunca su rango ni su dignidad personal— es la que la visión de las «dos alas» representa, colocándolas a una a la derecha y a la otra a la izquierda de Cristo.

Pregunta 18 — ¿En qué sentido Luisa, hija primogénita de la Divina Voluntad, encierra en sí los bienes de los demás hijos del Reino?

Jesús revela a Luisa que su rango de primogénita en el orden de este tercer Fiat no se limita a hacer de ella la primera amada y la primera colmada: como hija primogénita de la Divina Voluntad, encierra en sí todos los bienes que los demás hijos del Reino poseerán cada uno por su parte —por derecho y por justicia, puesto que el Padre le ha confiado todo y le ha dado todo en esta condición de primogénita. De estos bienes ella es así el origen: parten de ella y a ella regresan. Un texto anterior precisa el mecanismo concreto de esta función: Luisa es el segundo eslabón que une a la Humanidad de Cristo —primer eslabón de esta vida en el Fiat— todos los eslabones futuros de las almas que vendrán, después de ella, a vivir a su vez en él.

Pregunta 19 — ¿Cómo entró Luisa, por etapas, en la posesión de la Divina Voluntad?

Luisa no recibe el Don en un único instante: el testimonio recibido por la Iglesia refiere una serie de etapas decisivas —un matrimonio místico en la tierra a los 23 años, su renovación en el Cielo a los 25 años en presencia de toda la Santísima Trinidad, con el don de percibir sensiblemente su inhabitación, el matrimonio místico de la Cruz y, finalmente, un intercambio de corazones mediante el cual Jesús le retira el corazón y le da su propio amor en su lugar.

Pregunta 20 — ¿Qué es la ciencia infusa, prometida a quien vive en la Divina Voluntad y perdida por Adán en la Caída?

Adán, antes de la Caída, poseía con la Divina Voluntad un don que Jesús llama ciencia infusa —una luz interior, «como un ojo divino», que le hacía conocer sin esfuerzo nuestras verdades divinas y hasta la virtud profunda de la más pequeña criatura. Al rechazar esta Voluntad para seguir la suya, perdió este don junto con la vida misma que lo llevaba, y quedó, dice Jesús, «a obscuras». Este mismo don, inseparable de la Divina Voluntad como la luz lo es del calor, se promete a quien vive plenamente en el Fiat: no un saber aprendido mediante el estudio, sino una mirada que ve y comprende, sin esfuerzo, las verdades más difíciles.

Sexta parte — Recibir y vivir el Don de la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Qué es el Don de la Divina Voluntad?

El Don de la Divina Voluntad es un intercambio continuo y recíproco entre Dios y el alma: en cada acto que realiza, Jesús le ofrece primero el don de su propia Voluntad y espera, a cambio, el don de la suya; de este intercambio nace, acto tras acto, un acto nuevo de vida divina en el alma, en un vínculo de inseparabilidad que Jesús no duda en comparar con un matrimonio siempre renovado.

Pregunta 2 — ¿Es el Don una gracia creada o la Vida increada de Dios?

La Divina Voluntad es increada, y lo que la criatura recibe de ella, Jesús mismo lo nombra con exactitud: su potencia le suministra «continuamente la participación de la Vida Divina». Participación, y no esencia: el alma recibe sin cesar, por gracia, la vida misma de Dios, que sólo en Dios permanece increada; y la recibe permaneciendo ella misma, libre, una persona ante su Creador.

Pregunta 3 — ¿Cómo se recibe y se renueva el Don acto tras acto?

Vivir en el Querer Divino significa un intercambio continuo de voluntad humana y Divina, acto tras acto, y no un don recibido de una vez para siempre: allí donde este intercambio falta, aunque sólo sea en un acto, se forma un vacío que las debilidades ordinarias vienen inmediatamente a llenar.

Pregunta 4 — ¿Qué disposiciones son necesarias?

Dos disposiciones abren el alma a este Don: el verdadero reconocimiento de su propia nada —no la constatación de un fracaso, sino la verdad misma de su condición de criatura sacada de la nada, que deja al Todo llenarla de Sí mismo sin barrera—, y el deseo, que la mantiene tendida hacia un bien que sabe no poder producir por sí misma; ambas alimentadas por el conocimiento cada vez más amplio de las verdades sobre la Divina Voluntad ya presentadas en la Quinta parte.

Pregunta 5 — ¿Por qué entrar en la Divina Voluntad no requiere ni camino, ni puerta, ni llave?

Jesús revela que, para entrar en su Voluntad, no existe ningún camino, ninguna puerta ni ninguna llave, porque esta Voluntad se encuentra ya por todas partes, como un agua que corre sin cesar bajo los pasos del alma: el único obstáculo es la «piedrecilla» de la voluntad propia, que bloquea este flujo como una piedra bloquea el agua en la orilla. Basta que el alma la quite para encontrarse, en ese mismo instante, enteramente en este Querer —a diferencia de las demás virtudes, que exigen esfuerzo, combate y un largo camino que siempre hay que volver a recorrer; el primer paso dado en el Fiat, por el contrario, llama por sí mismo a un segundo, sin perderse jamás.

Pregunta 6 — ¿Por qué es necesario deponer la voluntad humana, y qué significa vivir sin darle vida?

En cuanto el alma se decide a vivir en la Divina Voluntad sin dar ya vida a la suya, Jesús la ata con «cadenas de luz» que invisten cada uno de sus actos, a fin de hacer segura y estable esta decisión —no para suprimir su voluntad humana, sino para que esta deje de obrar primero y ceda siempre el paso a la Divina Voluntad.

Pregunta 7 — ¿El Don suprime la voluntad humana?

Jesús responde Él mismo: «Yo no le quitaré jamás el libre albedrío a la voluntad humana, gran don dado a las criaturas al crearlas». La Divina Voluntad no destruye la voluntad

humana, sino que la «eclipsa» —como el sol del día vuelve invisibles las estrellas sin aniquilarlas: permanecen en su sitio y reaparecen en cuanto declina la luz.

Pregunta 8 — ¿Qué es el acto preveniente? ¿Qué es el acto actual?

El acto preveniente es aquel por el cual el alma, desde la mañana, fija su voluntad en la de Dios y decide no vivir ni obrar sino en su Querer: hace «correr» de antemano todos los actos del día en la Divina Voluntad. El acto actual es la atención efectivamente renovada en cada acto particular. Ambos son necesarios y se complementan: el preveniente dispone y traza el plan, el actual lo conserva y lo ensancha —el primero puede ser oscurecido por el descuido, el segundo disipa siempre esas sombras cuando se produce.

Pregunta 9 — ¿Qué es la Voluntad «querida», «mandada», «obrante» y «cumplida» de Dios?

Jesús revela a Luisa que su Divina Voluntad actúa según cuatro grados progresivos, no yuxtapuestos: querida, cuando da a conocer su deseo sin forzarlo jamás; mandada, cuando añade el precepto obligatorio para todo cristiano; obrante, cuando —habiéndose habituado el alma a los dos primeros grados— desciende ella misma al acto de la criatura para obrarlo como suyo propio, poniendo en él su vida y su santidad; cumplida, finalmente, el acto más santo que la Divina Voluntad puede producir, en el que se encuentran encerrados, dice Jesús, «el cielo, el sol, las estrellas, el mar, las bienaventuranzas celestiales, todo y todos». El grado obrante es el propio de la vida en el Fiat: es el que el alma llama mediante el acto actual.

Pregunta 10 — ¿Cómo habita concretamente la Voluntad obrante las facultades del alma?

Cuando el alma ha dejado descender la Voluntad obrante en sus actos, Jesús revela que esta viene a poseer distintamente cada una de sus facultades —la mente animada por su ciencia, la voz que habla, las manos que obran, los pies que caminan con paso divino, el corazón que ama— sin imponerse jamás por la fuerza: siempre quiere ser llamada, nunca entrar como intrusa. Esta misma Voluntad que obra así en la criatura no es otra que la que obra desde toda la eternidad entre las propias Personas divinas.

Pregunta 11 — ¿Qué sucedió con la vida obrante de la Divina Voluntad desde la Caída, y cómo es devuelta a la humanidad?

Cuando Adán se retiró del Fiat, Dios retiró de las criaturas, no su autoridad ni sus mandamientos —dejados por pura bondad al alcance de todos—, sino la misma vida obrante de su Voluntad. Pues sin la Divina Voluntad, precisa Jesús, no puede haber ni salvación ni santidad verdaderas. Desde entonces, en un amor paciente que suspiraba por el retorno de esta vida obrante, Dios da hoy «sus primeros pasos en medio de las criaturas» a través de cada verdad manifestada a Luisa sobre su Querer Divino: cada conocimiento dado es en sí mismo un paso mediante el cual esta vida vuelve, poco a poco, a reinar sobre la familia humana.

Pregunta 12 — ¿En qué sentido la Divina Voluntad es, incluso en el cuerpo, el latido del corazón y el aliento del alma que vive en ella?

Jesús lleva hasta su raíz corporal lo que las dos preguntas anteriores han mostrado acerca de las facultades del alma: se llama a sí mismo «latido sin corazón» y «respiro sin cuerpo» —unión tan estrecha que ninguno de los dos términos subsiste sin el otro, pues el corazón nada vale sin el latido que le da vida, y el latido no puede palpitar sin un corazón en el que alojarse. Este mismo latido, reencontrado en el fundamento mismo del aliento que dio vida a Adán (I.2) y animó las tres potencias, imagen de la Trinidad (I.4), se perdió en la Caída

—no porque la criatura dejara de existir, sino porque dejó de sentir su presencia—, y Dios lo restaura hoy soplando de nuevo, con más fuerza, hasta sanar lo que encuentra herido.

Pregunta 13 — ¿Qué significa «fundirse» en la Divina Voluntad y por qué esta palabra no implica ninguna confusión de las dos voluntades?

Jesús llama él mismo «el acto más solemne, más grande, más importante» de toda la vida del alma a un gesto que denomina «fundirse» en su Voluntad —gesto que el texto no reserva a ningún momento preciso del día, sino que el alma puede renovar en todo instante, como la prolongación más interior del acto actual. Esta palabra no designa jamás la desaparición de la voluntad humana en la Divina Voluntad como si fueran una sola y misma voluntad: nombra el don total, libremente renovado, por el que la criatura deja de actuar primero para permitir que la Voluntad de Dios obre enteramente en ella.

Pregunta 14 — ¿Cómo dan fruto en el alma los actos de Jesús que permanecieron suspendidos en su Voluntad?

Todo lo que Jesús hizo, dijo, oró y sufrió durante su vida terrena permanece, según sus propias palabras, «en suspenso» en su Voluntad, como un fruto del que las criaturas todavía no han recogido el fruto completo; el alma que vive en este Querer deja de mantener estos bienes en suspenso, entrando ella misma en cada uno de estos actos para hacerlos vivir de nuevo, realmente, en ella.

Pregunta 15 — ¿Qué son los bienes que la Divina Voluntad ha destinado a cada criatura en particular?

Más allá del tesoro personal de sus propios actos, que Jesús ofrece a quien entra en ellos (VI.14), el *Libro de Cielo* revela que la Voluntad Suprema también ha destinado a cada criatura, desde el origen de la Creación, sus propios actos: un recorrido que le es propio, capaz de hacerla feliz y santa. Estos actos permanecen también «suspendidos», no por una carencia por parte de Dios, sino porque las generaciones, al rechazar su Voluntad, no se dispusieron a recibirlos ni a cumplirlos; esperan un alma que se ofrezca a recogerlos en nombre de todas, para que la Divina Voluntad encuentre por fin, en una sola criatura, el homenaje que la multitud le rehúsa.

Pregunta 16 — ¿Por qué llama Jesús al alma a continuar, en su Voluntad, la obra de reparación ya cumplida?

La reparación que Jesús realizó en su Humanidad es ya, en sí misma, perfecta y acabada: objetivamente nada le falta. Pero Jesús no quiere permanecer solo en este acto; por un amor que nunca se contenta con la sola suficiencia de su obra, desea una compañía, y llama al alma que vive en su Voluntad a venir, en modo divino, a sustituir los actos no hechos o mal hechos por los demás —rehaciéndose Él mismo en ella, para formar, dice, «otro Jesús en la criatura».

Pregunta 17 — ¿Cómo se convierten los actos ordinarios en actos en la Divina Voluntad?

Como la levadura hace fermentar toda la harina sin cambiar su naturaleza aparente, la Divina Voluntad, presente como germen en un acto por lo demás completamente ordinario, arroja en él una fermentación divina que transforma ese acto humano en acto divino —sin que deje exteriormente de ser lo que era.

Pregunta 18 — ¿Cómo perseverar en esta vida?

Un solo acto, por hermoso que sea, nunca forma la santidad: es la continuidad de los actos la que une más a Dios con la criatura y forma la fuerza del alma, porque el verdadero amor,

dice Jesús, «jamás dice basta». Las inevitables salidas de la voluntad propia, por su parte, nunca deben convertirse en motivo de escrúpulo: el retorno, siempre posible, es siempre acogido sin demora ni reproche —y, al alma firmemente decidida a vivir en el Fiat, Jesús mismo se compromete a suplir lo que le falta por simple debilidad.

Séptima parte — Propiedades, frutos y fecundidad de la vida en el Fiat

Pregunta 1 — ¿Existen grados en la vida de la Divina Voluntad?

Jesús distingue cuatro grados de vida en su Voluntad, a imagen de cuatro personas expuestas de manera diversa a la luz y al calor del sol: la que permanece fuera del Reino y no recibe más que una luz difusa a pesar de sus propias debilidades; la que ha entrado en los primeros pasos de sus confines y siente ya morir sus pasiones; la que ha avanzado en él hasta el punto de olvidar casi todo de sí misma; aquella, finalmente, que lo ha adquirido y se encuentra totalmente consumida en ese mismo sol. Estos grados nunca son impuestos desde el exterior: miden solamente hasta dónde consiente cada uno en exponerse a una luz que, por su parte, se ofrece sin restricción alguna.

Pregunta 2 — ¿Cómo se convierte Dios, a su vez, en el Templo del alma que vive en su Voluntad?

Jesús conduce este misterio en dos movimientos. Primero, la imagen clásica: el alma en estado de gracia es el Templo de Dios, que viene a habitar en ella y a desplegar cada vez más los efectos de su Vida, a la manera de un niño que crece en el seno de su madre. Después Jesús revela una superación: cuando el alma vive plenamente en su Voluntad, es ella, a su vez, la que encuentra refugio en Dios como en su propio Templo —ya no solamente anfitriona, sino acogida. Los dos movimientos, lejos de contradecirse, cierran un mismo círculo: Dios en el alma, el alma en Dios.

Pregunta 3 — ¿Cómo se convierte el alma que vive en la Divina Voluntad en el Cielo y el descanso de Dios?

El descanso que Dios buscaba en el séptimo día era la alegría contemplativa de una obra buena y acabada, en un mundo que todavía no le oponía ninguna resistencia —y el Génesis marca este día con un rasgo propio: a diferencia de los otros seis, no lo cierra con tarde ni mañana alguna. Adán se lo ofreció primero; la Caída se lo arrebató inmediatamente. Lo que Jesús revela después a Luisa es la forma que adopta este mismo descanso en un mundo ya herido por el pecado: el alma que vive plenamente en su Voluntad le presta su inteligencia, su palabra, sus obras y su amor, como una pantalla interpuesta entre Él y la resistencia del mundo. Este descanso protector anticipa el descanso pleno y ya sin necesidad de defensa prometido para el día en que el Reinado del Fiat reine sobre toda la tierra.

Pregunta 4 — ¿Cómo se distingue vivir en la Divina Voluntad de la filiación adoptiva común a todo bautizado, sin disminuir jamás su realidad ni su dignidad?

Todo bautizado se convierte realmente en hijo de Dios por adopción, partícipe de la naturaleza divina (2 Pe 1,4): filiación entera y plenamente real. El *Libro de Cielo* precisa, sin embargo, que solo Jesús y María poseyeron desde su origen una cooperación perfecta e ininterrumpida con la Divina Voluntad, que les daba parte en prerrogativas que la adopción bautismal, aunque plenamente real, no confiere automáticamente: vivir en la Divina Voluntad es el camino por el cual el bautizado es invitado a hacer fructificar plenamente esta misma adopción, no una filiación de orden superior que la reemplazaría.

Pregunta 5 — ¿Por qué la vida en la Divina Voluntad no vuelve superfluas las virtudes, sino que las diviniza desde dentro?

Vivir en la Divina Voluntad no dispensa de ninguna virtud, de ningún mandamiento ni de ningún deber de estado: lejos de volverlos superfluos, este Don se convierte en el principio interior que los corona y los unifica, haciendo pasar el ejercicio, incluso heroico, de la virtud humana a un modo de obrar propiamente divino.

Pregunta 6 — ¿Qué significa que el alma que vive en la Divina Voluntad se convierte en una «hostia viviente» donde se repite la «Vida real» de Jesús?

Jesús revela a Luisa que el alma que vive plenamente en su Querer no recibe solamente su gracia a la manera común de los santos: se convierte en el lugar de una «Vida real» —distinta de la vida mística— donde Jesús continúa viviendo como vive en la hostia consagrada, hasta el punto de llamar a esta alma una «hostia viviente» y de afirmar que este prodigio supera el milagro mismo de la Eucaristía.

Pregunta 7 — ¿Cómo se hace presente el alma que vive en la Divina Voluntad en toda cosa creada y en todo tiempo?

Lo que el *Libro de Cielo* revela acerca de Adán antes de su caída —un alma hecha presente, por la potencia del Fiat, en todas las cosas creadas— vuelve a abrirse para quienquiera que viva hoy plenamente en este acto único y eterno: el alma «hace salir de Ella su virtud bilocadora», que aletea sobre toda la Creación y extiende en ella su Vida Divina, alcanzando los pensamientos, las miradas, las palabras, los pasos y hasta los latidos de cada criatura. Esta presencia no es solamente espacial: puesto que el acto en el que el alma se encuentra fundida es eterno, sin sucesión ni división, abraza también todo el tiempo sin distinción de primero ni de último —las criaturas presentes, pasadas y futuras.

Pregunta 8 — Una vez que ha entrado en la vida de la Divina Voluntad, ¿puede el alma salir de ella?

De derecho, sí: la libertad del alma nunca es suprimida, y el propio Adán, después de haber poseído plenamente la Divina Voluntad, se retiró de ella. Pero Dios no da este Don de una sola vez: prepara al alma mediante el conocimiento, después se lo presta, acto tras acto, antes de dárselo finalmente como suyo para siempre —y, una vez franqueada esta última etapa, los vínculos que forman tantos actos ya realizados en el Fiat hacen que la salida, sin anularla jamás de derecho, sea casi imposible de hecho.

Pregunta 9 — ¿Cómo explicar que los milagros y la santidad de los santos encuentren su fuente en las almas que viven en la Divina Voluntad?

Si el acto de la Divina Voluntad es único y no se divide según el tiempo, tampoco se divide según el número de almas que lo tocan: María, Jesús y toda alma que vive plenamente en el Fiat reciben cada uno, sin división, ese mismo acto entero. Jesús revela así que los milagros visibles y la santidad misma de los santos no son, en último análisis, más que canales: la potencia que los atraviesa encuentra su fuente en el acto único de la Divina Voluntad tal como se da, sin reserva, a quien vive en él.

Pregunta 10 — ¿Cómo recibe, a su vez, toda alma que vive en la Divina Voluntad una fecundidad espiritual que engendra el bien en los demás?

La Divina Voluntad, por naturaleza, no cesa jamás de engendrar —como el sol engendra la luz, como la flor engendra la flor. Quien se deja dominar por ella recibe en sí esta misma virtud generativa y puede, a su vez, engendrar en los demás el bien que posee. María es el caso supremo y sin igual, pues engendró al Verbo no solo en sí misma sino, dice Jesús, «en todas las criaturas»; pero lo que ella realiza en la cumbre, toda alma que vive en el Fiat lo recibe en su grado propio.

Octava parte — Los actos en la Divina Voluntad: rondas, reparación y vida cotidiana

Pregunta 1 — ¿Qué es un acto hecho en la Divina Voluntad?

Un acto hecho en la Divina Voluntad es un acto cuya intención —no el gesto exterior— está formada por el Querer de Dios, llamado a ser la vida de dicho acto: así como el alma da vida al cuerpo sin confundirse con él, así la Divina Voluntad, llamada en la intención, se convierte en la vida escondida de un acto que, visto desde fuera, permanece perfectamente ordinario.

Pregunta 2 — ¿Por qué los actos en la Divina Voluntad tienen un valor divino?

Un solo acto hecho en la Divina Voluntad es más grande que el Cielo y la tierra, porque su Potencia y su Amor, sin límites, se despliegan en él sin reserva; y este valor no deja de crecer a medida que el alma conoce mejor lo que posee —como una joya cuyo valor real nunca cambia, pero cuyo precio revelado aumenta con el conocimiento de quien la examina.

Pregunta 3 — ¿Qué diferencia hay entre un acto humano bueno y un acto en el Querer Divino?

Un acto humano bueno sigue siendo, incluso cuando es virtuoso, obra de la sola voluntad de la criatura; un acto en el Querer Divino es un acto en el que la intención se vacía de sí misma para dar lugar a la acción de Dios, de modo que, visto desde fuera, sigue siendo una acción ordinaria y natural, pero recubre, bajo ese velo común, la virtud obrante de una acción divina.

Pregunta 4 — ¿En qué consiste el triple acto que Dios forma con el alma en cada acto hecho en la Divina Voluntad?

Jesús revela que en todo acto de la criatura que vive en el Fiat se distinguen tres actos en uno solo: la fuerza creadora de Dios, que da el primero, antes incluso de que el alma actúe; el amor operante del alma, alimentado por esa misma fuerza, que lo continúa; y el amor de complacencia y de reconocimiento, que solo lo lleva a término, devolviendo a Dios, con un amor mayor, lo que en Él había tenido su comienzo. Sin este tercer acto, dice Jesús, ningún acto podría llamarse completo ni recibir su justo valor.

Pregunta 5 — ¿Cómo forman los actos hechos en la Divina Voluntad «Vidas Divinas» multiplicadas?

Cada acto que la Divina Voluntad, unida al alma, realiza en ella forma realmente una Vida Divina —no por una potencia propia de la criatura, que nunca podría multiplicar a Dios mismo, sino porque la Divina Voluntad, siendo Divina, no puede producir otro efecto allí donde reina sin obstáculo. El *Libro de Cielo* llama «bilocación» a este misterio: la misma y única Voluntad que reina plenamente en Dios reina también, sin división alguna, con toda plenitud en el alma —como un rey que, sin perder nada de su realeza, elige habitar una pobre cabaña en vez de su palacio.

Pregunta 6 — ¿Por qué la Divina Voluntad es un acto incesante y por qué la Vida Divina que forma en el alma no cesa jamás?

Cada acto hecho en la Divina Voluntad forma realmente en ella una Vida Divina. Ahora bien, la Divina Voluntad, dice Jesús a Luisa, tiene dos características: una firmeza inquebrantable y un acto incesante —porque la vida misma, precisa en otro lugar, reside enteramente en ese movimiento continuo que nunca se detiene. Un acto realizado en esta Voluntad nunca forma, por tanto, una obra ordinaria, que se cumple y después se deja de lado: puesto que la Vida que forma es divina, y no simplemente humana, hereda de su

única fuente esa misma firmeza y esa misma continuidad incesante. Sigue repitiéndose, sin cesar jamás, como un sol que nunca deja de resplandecer.

Pregunta 7 — ¿Qué es el acto único de la Divina Voluntad y cómo escapa a la sucesión del tiempo?

La Divina Voluntad no es una suma de actos yuxtapuestos en el tiempo, sino un acto único, incesante, jamás fraccionado, que contiene juntamente Creación, Redención y Santificación —el acto primero del que procede todo movimiento en la Creación. Quien vive plenamente en ella, en cualquier momento de la historia en que venga, no alcanza un acto entre otros: se encuentra fundido en ese mismo acto único, sin que haya ante Dios ni primero ni último en llegar.

Pregunta 8 — ¿Cómo se convierte el sufrimiento, en la Divina Voluntad, en un acto unido al de Jesús?

Nunca es Jesús mismo quien hace sufrir al alma unida a su Voluntad: es la luz purísima de su Querer la que, habiendo hecho llevar a su misma Humanidad las ofensas de todas las criaturas a cada respiro y a cada latido —haciéndolo así «continuamente crucificado» mucho más allá de su Pasión visible—, lleva hoy esas mismas penas al corazón de quien no forma ya más que un solo querer con el suyo. El sufrimiento se convierte así, como cualquier otro acto, en un lugar donde la intención se vacía para dejar sitio a la acción divina —ya no la voluntad del alma que sufre, sino la de Jesús que, en ella, continúa llevando lo que Él llevó primero.

Pregunta 9 — ¿Qué es orar en la Divina Voluntad y cuál es el alcance real de tal oración?

Orar en el Fiat nunca es solamente encontrarse envuelto por una Voluntad que, por su naturaleza, está ya en todas partes: es entrar voluntariamente en ella, con conocimiento de causa, deponiendo la propia voluntad para dejar resplandecer sin sombra la luz que esta velaba en otros lugares. Tal oración nunca es un acto aislado ni encerrado en el instante en que se realiza: como esta misma Voluntad no tiene ningún punto en el que no exista, se difunde sobre toda la Creación, alcanza a los bienaventurados del Cielo con una alegría nueva y desciende hasta las almas del purgatorio.

Pregunta 10 — ¿Qué es una ronda en la Divina Voluntad y cómo hacerla en la Creación?

Jesús llama a este modo de oración «un derecho divino» y «el primer deber de la criatura»: la ronda es el acto por el cual el alma, entrada en la Divina Voluntad, recorre las obras del Fiat para alcanzar esta Voluntad en cada uno de sus actos, hacerle compañía y rendir a Dios, en nombre de todos, el amor, la adoración, la acción de gracias y la gloria que espera de sus criaturas. En la ronda de la Creación, el alma puede volver a recorrer los días del Génesis y los dones hechos a Adán, pero también partir de cualquier cosa creada —el cielo, el sol, el mar, una flor o un pájaro— para reconocer el acto distinto que la Divina Voluntad cumple continuamente en ella, unirse a ese acto, depositar en él su «te amo» y pedir que el Reino del Fiat venga a la tierra como en el Cielo.

Pregunta 11 — ¿Cómo hacer la ronda en la Redención?

Hacer la ronda en la Redención es volver a recorrer los misterios de la vida, de la Pasión y de la muerte de Jesús ya expuestos en la Tercera parte, no como una simple espectadora distante, sino entrando realmente en ellos, como desarrollará más plenamente la Décima parte.

Pregunta 12 — ¿Cómo hacer la ronda en la Santificación?

Hacer la ronda en la Santificación es volver a recorrer los dones hechos a María y el Don manifestado por Luisa, para apropiárselos a su vez —no como un tercer ejercicio separado, sino como la culminación del mismo movimiento único ya iniciado en las dos rondas anteriores.

Pregunta 13 — ¿Qué significa que el alma pueda «dar Dios a Dios»?

Interrogado directamente sobre qué es la Divina Voluntad, Jesús responde primero con esta fórmula densa: «Voluntad Divina significa dar Dios a Dios». En un primer sentido, ya radical, lo muestran las tres rondas: recorriendo las obras de su Creador, el alma toma toda la Creación, como en su propio puño, y se la devuelve íntegra para su gloria —y puesto que esta Creación no es sino un desahogo de amor del Fiat creador, devolvérsela equivale, literalmente, a dar Dios a Dios. Pero Jesús va más lejos: explica que el amor mismo del alma, una vez purificado en el Fiat, es un «parto divino» que se eleva hasta Dios y encuentra allí a Dios mismo; y acoge sin corregirlas las palabras de Luisa cuando pide unirse al amor recíproco y a la gloria mutua de las tres Personas divinas. Nunca es por naturaleza —la criatura no entra en las procesiones eternas—, sino por la filiación que el Fiat le da en el Hijo, asociándola realmente a lo que el Hijo recibe y devuelve al Padre.

Pregunta 14 — ¿Cómo se convierte el alma en narradora de las obras de Dios y le devuelve toda la gloria que contienen?

Quien vive en la Divina Voluntad y sigue sus actos se convierte en el narrador de todas las obras de Dios: al volver a recorrer, por ejemplo, la historia del sol que Dios creó, el alma se hace narradora de su luz, y Dios, al oír que ella le cuenta su propia obra, siente que se le devuelve toda la gloria de esa luz —convirtiéndose así la criatura, para cada cosa creada, en el eco que devuelve a su Creador la gloria que esa cosa no tiene voz para devolverle por sí misma.

Pregunta 15 — ¿Cómo reparar por todos y ofrecer el tesoro de los actos de Jesús en beneficio de cada uno en la Divina Voluntad?

Reparar por todos en la Divina Voluntad es extraer del tesoro infinito de los actos de Jesús para devolver a Dios, en nombre de toda criatura que falta a este deber, el honor, el amor y la gratitud que le son debidos. Este mismo tesoro, ofrecido después en beneficio de un alma determinada, produce según su estado frutos distintos: aumento de gloria accidental para el bienaventurado ya fijado en su gloria esencial, socorro y alivio para el alma del purgatorio, gracia de luz y llamada a la conversión para el pecador.

Pregunta 16 — ¿Cómo unen vitalmente los actos hechos en la Divina Voluntad al alma con todo el cuerpo místico de la Iglesia?

La inseparabilidad ya reconocida entre el alma y Dios tiene una vertiente horizontal: Jesús revela que las almas que viven en su Querer se convierten, para su cuerpo místico que es la Iglesia, en lo que la piel es para el cuerpo —el lugar mismo donde circula la vida que hace crecer a los miembros débiles y sana a los miembros heridos. Vivir en la Divina Voluntad nunca es, por tanto, un bien privado: es llevar, literalmente, el crecimiento de todos los demás miembros —y esta circulación nunca se produce en un solo sentido: el propio Cielo, en sus bienaventurados, toma parte en lo que así se vive en la tierra.

Pregunta 17 — ¿Cómo vivir el trabajo, la palabra, el sufrimiento, la alegría y los gestos ordinarios en el Fiat?

Nada, en una vida humana, es por naturaleza demasiado pequeño o demasiado material para llevar la impronta del Fiat: así como Dios dice «Fiat» para crear, el hombre está llamado a no dejar en cada una de sus acciones —trabajo, palabra, sufrimiento o alegría— sino el

eco de ese mismo Fiat, su impronta, sus obras, para que nada de su vida ordinaria escape a esta única ley.

Novena parte — Los sacramentos, la Iglesia y la obediencia en la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Qué relación existe entre el bautismo y la Divina Voluntad?

El bautismo borra la culpa original y da la vida nueva de los hijos de Dios, pero deja subsistir las pasiones y las debilidades, que después habrá que vencer a lo largo de toda una vida de combate espiritual. Vivir plenamente en la Divina Voluntad nunca repite este sacramento ni lo sustituye: es la plenitud hacia la que tiende la propia gracia bautismal desde el primer día, cuando el alma le permite producir, sin resistencia, todo el fruto que ya contenía.

Pregunta 2 — ¿Cómo vivir la Confirmación en la Divina Voluntad y responder al don del Espíritu Santo?

La Confirmación vuelve al alma invencible ante los enemigos y las pasiones y la alista en la milicia de su Creador para la conquista de la patria celestial. Vivir plenamente en la Divina Voluntad nunca sustituye esta fuerza recibida de una vez para siempre: consiste, por el contrario, en corresponderle sin resistencia, devolviendo finalmente al beso del Espíritu Santo el beso de amor que espera en correspondencia.

Pregunta 3 — ¿Cómo prepara la gracia santificante el alma para el Don?

Del mismo modo que una vida necesita alimento para crecer, la vida divina que Dios forma poco a poco en el alma necesita ser alimentada continuamente: la gracia santificante, recibida y fielmente cultivada mediante los sacramentos y las virtudes, es ese alimento sin el cual la vida del Fiat, ya depositada en germen, no podría ni crecer ni dar fruto.

Pregunta 4 — ¿Cómo consagra y multiplica Jesús su Vida Sacramental en los actos del alma, y qué relación guarda esta multiplicación con los sacramentos?

Los actos del alma que vive en la Divina Voluntad multiplican y prolongan la Vida Sacramental de Jesús, como cada hostia consagrada lo multiplica sacramentalmente. Pero, mientras que la consagración sacramental exige la hostia y al sacerdote que la consagra, esta multiplicación solo requiere el acto de la criatura —porque es Jesús mismo, sumo sacerdote eterno, quien consagra este acto en Persona. Allí donde las comuniones y los sacerdotes llegan a faltar, Él declara encontrar en estos actos hasta «la misma multiplicación» de su Vida Sacramental que, sin ellos, quedaría sin existencia —vía que Él mismo abre y cuyo efecto garantiza.

Pregunta 5 — ¿Cómo se convierte el alma en una hostia viviente a imagen de la Eucaristía?

Así como la hostia sacramental está formada por los accidentes del pan consagrados por la palabra del sacerdote, el alma puede ofrecer su cuerpo y su voluntad humana como los «accidentes» de una hostia viviente: haciendo morir su propia voluntad para dejar entrar en ella la de Dios, se deja consagrar de nuevo en cada acto, convirtiéndose, a diferencia de la hostia sacramental que permanece silenciosa en el sagrario, en una hostia viviente que ama a Jesús en correspondencia y responde a su amor.

Pregunta 6 — ¿Cómo vivir la celebración de la misa en la Divina Voluntad?

En cada misa, Jesús renueva ante el Padre el mismo gesto que en la tarde del Cenáculo, encarnándose de nuevo en cada hostia para ser la vida de cada uno; vivir la misa en la Divina Voluntad es dejar que toda la propia vida —pensamientos, miradas, palabras, deseos—

permanezca en esa misma intención, de modo que toda la vida de Jesús se encuentre, realmente, repetida en quien participa en ella.

Pregunta 7 — ¿Cómo vivir la confesión en esta luz?

La confesión sacramental es el lugar donde la voluntad propia, salida de la Divina Voluntad por el pecado, es realmente absuelta y reintegrada en la gracia; vivida a la luz del Fiat, se convierte también en la ocasión de renovar, sin escrúpulo ni demora, el gesto mismo de deponer la propia voluntad ya aprendido en la Sexta parte —no una simple restauración del orden moral, sino un retorno concreto al movimiento mismo del intercambio continuo con Dios. Sin embargo, Jesús mismo pone en guardia, en el *Libro de Cielo*, contra la confesión reducida a la costumbre y vaciada de todo verdadero dolor, que priva al alma del fruto mismo que este sacramento debería producir.

Pregunta 8 — ¿Cómo vivir la unción de los enfermos, el sufrimiento y el paso de la muerte en la Divina Voluntad?

La unción de los enfermos es, dice Jesús, «el último desahogo de nuestro amor»: confirma la santidad de los buenos, purifica el alma por los méritos del Redentor y la reviste para comparecer ante su Creador. Vivir este sacramento en la Divina Voluntad es dejar que este último rocío del Cielo lleve a término, sin resistencia, lo que toda una vida de actos hechos en el Fiat haya preparado.

Pregunta 9 — ¿Cómo refleja el matrimonio vivido en la Divina Voluntad a la Santísima Trinidad?

El matrimonio fue elevado por Dios al rango de sacramento para depositar en él un vínculo sagrado que simboliza a la Santísima Trinidad misma: el amor que debe reinar entre el padre, la madre y los hijos debía hacer visible, en la tierra, la concordia y la paz de la Familia Celestial. Vivir este sacramento en la Divina Voluntad es dejar que esta semejanza trinitaria vuelva a hacerse realmente visible en una familia concreta, en vez de traicionarla mediante la discordia.

Pregunta 10 — ¿Cómo sirve el sacerdocio ministerial al Fiat Divino en la Iglesia?

El Orden es, dice el propio Jesús, «el Sacramento que encierra todos los demás Sacramentos juntos»: eleva al hombre a una altura suprema, le da un carácter divino y hace de él el custodio de todos los demás sacramentos. Servir al Fiat Divino en la Iglesia, para el sacerdote, consiste en conservar intacto ese carácter recibido, pues de su fidelidad depende, en un sentido muy real, la salvaguardia de toda la vida sacramental de la Iglesia.

Pregunta 11 — ¿Cómo vivir la obediencia a la Iglesia en la Divina Voluntad, siguiendo el ejemplo de Luisa?

La obediencia a la Iglesia —representada concretamente, para Luisa, por sus sucesivos confesores y por la autoridad del Santo Oficio— no es jamás una imposición exterior a la vida en la Divina Voluntad: es el vínculo mismo por el que esta vida permanece fiel y segura, como muestra el hecho de que Luisa no escribió nunca una sola línea de sus treinta y seis volúmenes sin una orden explícita de sus confesores y que se sometió sin vacilar, en 1938, a la decisión del Santo Oficio de incluir tres de sus obras en el Índice.

Pregunta 12 — ¿Cómo consagra Jesús directamente a las almas que viven en su Voluntad?

A las almas que viven en su Voluntad, Jesús se reserva para Sí mismo el privilegio de consagrarlas directamente cada vez que repiten sus actos en Él: «lo que hace el sacerdote sobre la hostia lo hago Yo con ellas». No una presencia solamente mística, sino una unión

real, de un orden propio, que Jesús obra en Persona —mientras el sacerdote ejerce el poder que ningún otro puede ejercer: solo por sus manos el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Dos consagraciones, cada una fundando lo que la otra no puede fundar.

Pregunta 13 — ¿Cómo une la vida en la Divina Voluntad la oración del alma a la liturgia y a los sacramentos de la Iglesia?

La misa, enseña Jesús a Luisa desde los primerísimos tiempos de su camino, contiene por sí sola «todo el fundamento de nuestra sacrosanta religión»: resume la Redención, anuncia la resurrección de los cuerpos y hace «casi tocar con la mano», por el ritmo mismo de la consagración, de la consunción de las especies y de la nueva consagración, el misterio pascual entero. Vivir la misa en la Divina Voluntad es dejar que esta contemplación cierre también el movimiento propio de esta parte: el vuelo del alma que desciende hasta el fondo de cada sacramento para ofrecer allí por fin la correspondencia de amor que este espera.

Pregunta 14 — ¿Cómo vivir en comunión y obediencia con la jerarquía de la Iglesia?

Jesús enseña a Luisa, en una regla de vida en cuatro puntos, que la obediencia a los superiores legítimos dados en la tierra y la obediencia a su Voluntad no son jamás dos virtudes jerarquizadas, sino «dos virtudes de obediencia» del mismo valor, una de las cuales no puede existir sin la otra: vivir en comunión con la jerarquía de la Iglesia no es, por tanto, jamás un servicio prestado desde fuera, sino el ejercicio concreto y visible de la misma obediencia que el alma debe a Dios.

Décima parte — La Pasión, la reparación y las 24 Horas

Pregunta 1 — ¿Por qué la Pasión es central en la Divina Voluntad?

Jesús quiso sufrir en su Humanidad precisamente para «rehacer» la naturaleza humana corrompida y sin esperanza: por tanto, nunca es un episodio que la vida en la Divina Voluntad dejaría atrás como superado, sino el acto mismo por el cual esta naturaleza llegó a ser capaz, un día, de recibir el Reino del que esta obra habla desde su origen.

Pregunta 2 — ¿Qué son las tres Pasiones de Jesús según el Libro de Cielo?

Jesús revela a Luisa que su Pasión en el Huerto de los Olivos encierra en realidad tres Pasiones distintas, correspondientes a los tres efectos del pecado: la Pasión del amor, para reparar la falta de amor que es la raíz de toda culpa; la Pasión del pecado, para restituir al Padre la gloria que cada culpa le sustrae; y la Pasión por manos de los judíos, para rehacer la fuerza que el pecado hizo perder al hombre.

Pregunta 3 — ¿Qué es la Pasión interior que la Divinidad hizo sufrir a la Humanidad de Jesús durante toda su vida?

El *Libro de Cielo* distingue, bajo un título que le es propio, dos Pasiones muy diferentes de Jesús: la que las criaturas le infligieron con sus manos, fijada y concluida en pocos días, y la mucho más dura que su propia Divinidad hizo sufrir a su Humanidad durante toda su vida. La primera no se multiplicaba —tantos clavos, tantas espinas, no más—; la segunda crecía con cada ofensa cometida por cada criatura, en todo tiempo, de modo que Jesús puede decir: «Delante a la Pasión que me dio la Divinidad, la Pasión que me dieron las criaturas el último de mis días no fue otra cosa que sombra». Incapaz ella misma de sufrir, la Divinidad dejaba a la Humanidad sola para afrontar esta pena, manteniéndose ella misma como juez y exigiéndole el precio de la culpa de cada alma.

Pregunta 4 — ¿Por qué comenzó la Pasión de Jesús desde su Concepción, y no solamente en Getsemaní?

El *Libro de Cielo* revela que la Pasión de Jesús no comenzó ni con su arresto ni en el Huerto de los Olivos, sino en el primer instante de su Concepción en el seno de María: «mi Pasión fue concebida junto Conmigo». Los nueve meses de gestación fueron ya, dice Jesús, una verdadera crucifixión, inmóvil y silenciosa; y este sufrimiento, lejos de detenerse con su nacimiento, prosiguió sin interrupción hasta su último aliento. Las horas de la Pasión que meditan nuestras *Veinticuatro Horas* son, por tanto, su último acto, visible y transmitido por el Evangelio —no el único momento en que Jesús sufrió para rehacer la humanidad.

Pregunta 5 — ¿Cómo repara Jesús por todos?

Jesús no repara por la humanidad como quien saldara una deuda exterior: quiere literalmente «rehacerse» a Sí mismo en cada criatura, formando en ella, mediante su propia Vida ofrecida como garantía, un pasaporte que da a quien se dispone a hacer su Voluntad un derecho de entrada reconocido en su Reino.

Pregunta 6 — ¿Cómo acompaña el alma a Jesús en sus sufrimientos?

Las 24 Horas de la Pasión enseñan un movimiento en cuatro tiempos que el alma puede retomar en cada instante del día: contemplar lo que Jesús sufre en esa hora precisa, compadecer realmente ese sufrimiento, reparar las ofensas que lo causaron y entrar en la misma intención de Jesús para hacerla suya —no mediante una sucesión de ejercicios separados, sino como las cuatro caras de un único movimiento del corazón.

Pregunta 7 — ¿Qué significa rehacer con Jesús los actos de reparación?

Jesús ya lo ha reparado todo por todos en el orden divino, pero no se da por satisfecho: desea ardientemente que el alma entre ella misma en su Voluntad para venir a «besar» sus actos y sustituir, en modo divino, tantos actos no realizados o realizados solamente de manera humana por los demás —no para añadir nada a una reparación ya perfecta, sino para que este mismo oficio, que Él ejerció primero, se continúe y se multiplique en una criatura asociada a su obra.

Pregunta 8 — ¿Cómo nos introducen las 24 Horas en los actos interiores de Jesús?

Escritas por Luisa a petición de Jesús mismo, entregadas después a su confesor y difundidas desde 1915 gracias a san Aníbal María di Francia, las 24 Horas de la Pasión hacen recorrer, hora tras hora, no sólo los acontecimientos exteriores bien conocidos del Evangelio, sino los movimientos más íntimos del Corazón de Jesús en cada uno de esos instantes —introduciendo así al alma en esos mismos actos interiores que la Sexta parte mostró mantenidos «en suspenso» en su Voluntad.

Pregunta 9 — ¿Qué diferencia hay entre recitar las *24 Horas* y hacerlas en la Voluntad de Jesús?

Meditar la Pasión es recitar las 24 Horas como un ejercicio piadoso pero exterior; entrar en sus reparaciones es hacerlas «con» la Voluntad de Jesús mismo —pues sólo esta unión, dice Él a Luisa, da al ejercicio toda su eficacia, hasta hacer que el alma, al hacerlas así, «se esconda» en su Querer y actúe con su propia potencia.

Pregunta 10 — ¿Cómo hacer suyos la Sangre, las Llagas, los sufrimientos y el amor de Jesús?

Las 24 Horas no invitan ante todo a presentar a Jesús, desde fuera, la Sangre, las Llagas o los sufrimientos de su Pasión: enseñan al alma a hacerlos suyos, hora tras hora —a tomar, dice Jesús, «mis pensamientos y [hacerlos] suyos, mis reparaciones, las oraciones,

los deseos»—, hasta el punto de que Él mismo declara hacer con ella, hora tras hora, lo que ella hace, y recibir de este contacto un alivio real de su propia Pasión.

Pregunta 11 — ¿Cómo ilumina la Pasión los actos no hechos, mal hechos o hechos humanamente?

En su Pasión, Jesús ve y reúne todos los actos que las criaturas habrían debido realizar y no realizaron, y aquellos que realizaron solamente de manera humana; llama al alma a venir, en esa misma Voluntad en la que Él sufre, a «besar» esos actos no realizados y rehacerlos en modo divino —convirtiéndose así la Pasión, de manera muy concreta, en la escuela donde se aprende esta sustitución.

Pregunta 12 — ¿Qué alegría y qué seguridad encuentran Jesús y el alma en la reparación compartida?

Reparar con Jesús no es ante todo ni una carga ni una simple protección: es una alegría que Jesús dice sentir el primero —hasta el punto de sentirse «debilitado» por el amor del alma que repara y retenido, como encadenado, en su justicia para con las criaturas. Esta alegría compartida se convierte después, muy concretamente, en un refugio contra la Justicia divina que el pecado del mundo llama sin cesar —no porque el sufrimiento se busque por sí mismo, sino porque la reparación retiene la mano misma de esta Justicia y pone así a cubierto, por este solo gesto, mucho más allá de quien la practica, a todos aquellos a quienes su reparación «por todos» viene a alcanzar.

Pregunta 13 — ¿Qué sentido dar, en la Divina Voluntad, al estado de víctima y a los sufrimientos ofrecidos por los demás?

El *Libro de Cielo* llama «verdaderas víctimas» no a quienes sufren por necesidad, enfermedad o accidente —suerte común de toda la humanidad—, sino a quienes piden libremente sufrir lo que Dios quiere y como Él lo quiere, a imagen de la Pasión de Cristo, enteramente voluntaria. Este estado, tal como Jesús lo vivió con Luisa, supone siempre el consentimiento del alma y su entera sumisión a la obediencia eclesial; nunca es un fin buscado por sí mismo, ni una vía que deba imitarse materialmente, sino un fruto de la unión con Jesús, de la obediencia y de la caridad —en la línea exacta de lo que X.12 ya ha establecido contra todo dolorismo—.

Pregunta 14 — ¿Por qué la Pasión prepara el triunfo del Reino?

Lejos de quedar como un episodio cerrado, la Pasión sigue siendo una espera viva y activa del propio Jesús, que «cuenta los respiros y los minutos» con la esperanza de ver finalmente reinar su Reino sobre la tierra; en su nombre, y por el mérito de esa misma Sangre ya presentada como pasaporte, este Reino, todavía esperado, vendrá un día a llevar a plenitud lo que la Pasión preparó sin haberlo realizado aún plenamente en la historia.

Pregunta 15 — ¿Cómo se convierte el sufrimiento ofrecido con Jesús en ornamento y joyas para el alma?

Al unirse al dolor de Cristo crucificado, el alma deja que Jesús haga de ella su esposa, a la que Él mismo adorna —no con joyas terrenas, sino con las «gemas» que hace salir del dolor consentido en su Fiat. La Cruz, su tesoro más querido, se convierte así en la dote que Jesús da a cada una de sus esposas; lo que el sufrimiento deteriora en apariencia, su Fiat lo transfigura en belleza.

Pregunta 16 — ¿Por qué la Cruz es un tesoro deseable y no solamente una carga que llevar?

El mismo día de la fiesta de su Exaltación, Jesús revela a Luisa que la Cruz nunca es ante

todo un peso que habría que consentir en llevar por deber: es belleza («te dará los rasgos más bellos»), riqueza inagotable, y contiene «todos los triunfos, todas las victorias y las más grandes adquisiciones» —hasta el punto de que Jesús dice no querer para el alma otra mira que la propia Cruz. Es también, dice en otro lugar, lo que lo reveló como Dios más que sus obras, su predicación o sus milagros: elevado sobre ella como sobre su propio trono, solo entonces fue reconocido.

Pregunta 17 — ¿En qué sentido la Cruz puede ser llamada «encarnación» y «sacramento»?

Jesús emplea, a propósito de la Cruz, dos palabras de una audacia poco común. Revela primero que la Cruz fue «encarnada» en Él en el mismo instante que su propia Encarnación en el seno de María —concebida junto con Él, como su propia Pasión—, y que desde entonces «encarna», del mismo modo, a Dios en el seno de cada alma que la recibe: no una simple unión, siempre susceptible de romperse, sino una encarnación tan estable como la que une en Él las dos naturalezas. La llama también «sacramento», porque reúne ella sola todos los efectos propios de cada sacramento —la remisión de la culpa, la gracia, la unión con Dios, la fuerza—.

Pregunta 18 — ¿Qué es la Cruz de la Voluntad, que Jesús da más allá de la cruz de madera?

Un día de gran prueba, Jesús anuncia a Luisa que va a retirarle su cruz de madera para darle otra todavía más noble: la Cruz de su Voluntad, que no tiene «ni altura ni anchura», sino que es interminable —no de madera, sino de luz, más abrasadora que cualquier fuego, en la que quiere sufrir con ella, en cada criatura, para ser «la vida de todos».

Undécima parte — El Reino de la Divina Voluntad: esperanza, frutos y cumplimiento

Pregunta 1 — ¿Cuáles son los frutos de la Divina Voluntad en el alma?

El alma que vive en la Divina Voluntad recibe, ya desde esta vida, una corona de efectos reales y ya sensibles —alegría, paz, fortaleza, bondad, amor, santidad, belleza indescriptible— que nunca son simples promesas diferidas, sino las primicias efectivas, ya dadas, del Reino todavía esperado en su plenitud.

Pregunta 2 — ¿Cómo restaura la Divina Voluntad el orden perdido por Adán?

Allí donde el Reino de la Redención sana después de que el mal ya ha golpeado —devolviendo la vista a un ciego, enderezando a un cojo—, el Reino de la Divina Voluntad obra mediante un «milagro preservativo» continuo que aparta el mal antes de que sobrevenga: restaura así, en su principio, el mismo orden que Adán poseía antes de la Caída, el de una naturaleza protegida desde dentro más que sanada después.

Pregunta 3 — ¿Cómo alcanza su plenitud la inhabitación trinitaria en el alma que vive en la Divina Voluntad?

Toda alma en estado de gracia recibe ya la inhabitación de las tres Personas divinas, que hacen de ella su morada por la gracia. Jesús revela a Luisa un registro aún más intenso, al que Él mismo llama «Vida real»: cuando el alma ya no les opone resistencia alguna, la Trinidad entera toma posesión de su corazón para establecer en él su «morada perpetua», tomando, dice, «las riendas» de su inteligencia, de su corazón y de todo su ser.

Pregunta 4 — ¿Cuál es el papel propio del Espíritu Santo en el tercer Fiat?

Jesús revela a Luisa una distribución trinitaria: si la Creación se refiere al Padre y la Redención al Hijo —permaneciendo siempre unidas las Tres Personas en la operación—, el Fiat Voluntas Tua se refiere al Espíritu Santo, Santificador, que despliega en él toda su obra propia. Vivir en la Divina Voluntad no introduce, por tanto, ninguna economía nueva después de Cristo: es el mismo Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, quien lleva a cumplimiento en las almas y en la Iglesia los frutos ya contenidos en la Creación y en la Redención.

Pregunta 5 — ¿Qué vínculo existe entre Divina Voluntad y santidad nueva?

La santidad de la vida en la Divina Voluntad, ya descrita como «la Santidad de las santidades», no introduce ninguna categoría de santidad extraña a la que la Iglesia enseña desde siempre: es su forma más intensa y radical, ofrecida, como recordó el Concilio Vaticano II, a todo bautizado sin excepción.

Pregunta 6 — ¿Qué es el Reino en la tierra — y qué no es?

El Reino de la Divina Voluntad esperado por esta obra no es ni el retorno visible de Cristo para reinar sobre la historia antes del juicio, ni una nueva revelación pública, ni una superación de la Iglesia o de los sacramentos, ni el fin de todo sufrimiento o de toda muerte antes del ésjaton: es el triunfo intrahistórico de la gracia ya dada, la Iglesia llegada a su pleno vigor, el cumplimiento finalmente visible de la petición más central del Padrenuestro.

Pregunta 7 — ¿Cómo esperar la venida del Reino sin tratar de prever cuándo llegará?

Jesús asegura que su palabra no pasará jamás, sean cuales sean los siglos que a su vez pasen; esta certeza absoluta sobre el cumplimiento final de su Voluntad va acompañada, a lo sumo, del gran ritmo providencial que confía a Luisa —nunca de una fecha ni de un cálculo preciso, sino de un modo de crecimiento muy real y ya en marcha: cada alma que llega a conocer y querer esta Voluntad se convierte ella misma en una «pequeña casa de Nazaret», y es mediante su multiplicación, de una casa a otra, como este Reino se extiende.

Pregunta 8 — ¿Por qué no puede calcularse ninguna fecha para la venida del Reino, y qué papel desempeñan nuestros actos en ella?

El *Libro de Cielo* enseña que la venida del Reino no depende de calendario alguno, sino de un número de actos fijado por Dios mismo, que las almas han de realizar libremente en su Voluntad —de modo que la ignorancia de la fecha no es un misterio arbitrario: ese número solo Dios lo conoce, y el ritmo con que se cumple depende de una cooperación libre que nadie puede medir. Un segundo texto confirma esta misma verdad desde otro ángulo: el número mayor de fieles de hoy abrevia, con respecto a la Redención, el tiempo de la espera. Lejos de invitar al cálculo, esta doble revelación es una llamada apremiante a multiplicar, desde ahora, nuestros actos en el Fiat.

Pregunta 9 — ¿Por qué el Libro de Cielo anuncia castigos, y cómo se articulan con la bondad de Dios?

El *Libro de Cielo* anuncia, en repetidas ocasiones, castigos destinados a purificar a la humanidad y a preparar el advenimiento del Reino de la Divina Voluntad; estos castigos no son nunca un arrebato de ira, sino el último recurso de un amor que, al no poder vencer por la gracia y la dulzura, busca vencer por el temor saludable —siempre al servicio de una reconstrucción, nunca de una destrucción por sí misma.

Pregunta 10 — ¿Qué es la Voluntad «querida» y la Voluntad «permisiva» de Dios?

El *Libro de Cielo* enseña que la Divina Voluntad obra en la historia según dos modos

distintos: en modo querido, cuando cumple directamente sus propios designios y colma al alma dócil de luz, de gracia y de ayuda; en modo permisivo, cuando las criaturas, mediante su libre albedrío, le oponen resistencia hasta obligarla a dejar que sus propias elecciones produzcan sus justas consecuencias —consecuencias que adoptan entonces ellas mismas la forma de la justicia.

Pregunta 11 — ¿Cómo participa también el alma que vive en la Divina Voluntad en los actos de su justicia?

Vivir en la Divina Voluntad no asocia solamente al alma al amor y a la misericordia de Dios: la asocia a todos sus atributos, incluida su justicia —no para juzgar ni golpear a nadie por propia iniciativa, sino para comprender, desde el interior mismo del Fiat, que la justicia divina es en sí misma santidad y amor, sin la cual la perfección de Dios quedaría incompleta.

Pregunta 12 — ¿Qué diferencia hay entre la esperanza del Reino en la tierra y la esperanza del Cielo?

El Cielo sigue siendo, para todo cristiano, el fin último y el objeto propio de la esperanza teologal, la unión definitiva y sin fin con Dios que nada en la historia puede igualar ni sustituir. Pero el *Libro de Cielo* revela que el alma que vive plenamente en el Fiat recibe ya de él un anticipo tan real que la fe y la esperanza, dice Jesús, llegan «casi» a borrarse ante una posesión ya dada: el amor, único entre las tres virtudes teologales que nunca pasará, ocupa ya en ella todo el lugar. Y es la palabra «casi», escogida por Jesús mismo, la que dice todo lo que aún separa a esa alma de la visión cara a cara.

Pregunta 13 — ¿Cuál es la misión de los hijos de la Divina Voluntad?

Ser hijo de la Divina Voluntad es seguir fielmente, como una hija sigue a su padre, la multiplicidad de los actos de esta Voluntad, dejándole ocupar un lugar cada vez mayor en los propios actos: una misión que consiste por entero en vivir plenamente el Don ya recibido y en difundir, como la propia Luisa, su conocimiento a su alrededor.

Pregunta 14 — ¿Cómo pedir el Reino en el Padrenuestro?

Pedir el Reino en el Padrenuestro es orar precisamente con estas palabras: «venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo». No son dos peticiones, sino una sola: el Reino viene precisamente cuando esta Voluntad se cumple en la tierra como ya se cumple en el Cielo. Jesús revela a Luisa que sobre esta única petición reposa todo el resto del Padrenuestro.

Pregunta 15 — ¿Cómo vivir hoy en la espera activa del Fiat en la tierra como en el Cielo?

Vivir en esta espera no significa jamás permanecer indiferente ante ella: significa llamarlo, como lo hace Luisa en cada acto de su ronda, pidiendo sin cesar que venga el reino del Fiat Divino. Esta llamada nunca es una nada, incluso cuando parece silencio: Jesús revela a Luisa que un alma unida a su Voluntad puede parecer que no hace nada mientras lo hace todo, porque es entonces el mismo obrar de Dios el que se despliega en ella.

Pregunta 16 — ¿Hace el Reino prometido superfluos los sacramentos o los mandamientos?

No. Lo que el Don debe devolver a la humanidad es ciertamente la plenitud y la continuidad de comunión que Adán poseía antes de la Caída —el *Libro de Cielo* lo enseña sin rodeos—. Pero esta restauración no vuelve nunca más acá de Cristo y de su obra para encontrar de nuevo un Edén sin Él: se realiza a través de los sacramentos que Él instituyó, nunca al

margen de ellos ni antes de ellos, y se recibe enteramente de Cristo muerto y resucitado. Lo que este mismo Libro llama «bautismo continuado», «absolución jamás interrumpida», «comunión a cada instante» no designa una fuente de gracia paralela, sino la plenitud interior e ininterrumpida que el fruto de los sacramentos puede producir en un alma que nunca deja de corresponder a él. La misma lógica vale para la ley: Adán, antes de la Caída, no conoció «ni leyes, ni ninguna otra cosa» que la Divina Voluntad misma, sentida desde dentro como su propia vida; pero desde la Caída, esta misma Voluntad nunca dispensa de los mandamientos dados al hombre como sostén: es su cumplimiento más interior, nunca su elusión.

Pregunta 17 — ¿Cómo anuncia ya el Antiguo Testamento este Reino?

Jesús revela a Luisa que las figuras más grandes del Antiguo Testamento, al mismo tiempo que prefiguraban al Mesías futuro, simbolizaban ya a los mismos hijos de su Reino: Adán fue su verdadera imagen, Abraham el símbolo de sus privilegios, José el de su dominio, Moisés el de su poder y David el de su reinado. Después de todas estas figuras vino María, que ya no era símbolo, sino realidad; después vino la propia Vida de Jesús, en la que quedó establecido este Reino. Así, toda la Escritura converge, incluso antes de quedar cerrada, hacia una única finalidad: formar el Reino de la Divina Voluntad en medio de las criaturas.

Duodécima parte — La Divina Voluntad y la vida cristiana integral

Pregunta 1 — ¿De dónde proceden las tres potencias del alma, y cómo se despliegan en los tres Fiat?

Dios creó al hombre con tres potencias —inteligencia, memoria y voluntad— para que pudiera conservar los vínculos de comunicación con las tres Personas de la Trinidad. Jesús revela a Luisa dos dimensiones distintas. En su mismo origen, cada potencia procede del concurso propio de una de las tres Personas: en la voluntad resplandece el Padre, como primer acto; la inteligencia procede del Hijo, como segundo acto; la memoria procede del Espíritu Santo, como tercer acto. En su despliegue a lo largo de la historia, estas mismas potencias son comprometidas, cada una, por un Fiat distinto: la inteligencia por el Fiat de la Creación, que la arrebata ante Dios escondido en las cosas creadas; la memoria por el Fiat de la Redención, que el amor sufriente del Esposo mantiene «como encadenada»; la voluntad, finalmente, por el Fiat de la Santificación, en el que Dios mismo pone su propia Voluntad como apoyo de la voluntad humana.

Pregunta 2 — ¿Cómo desordenó el pecado estas tres potencias, y cómo las redimió la Pasión de Jesús?

El pecado introdujo un desorden profundo en las tres potencias del alma, quebrando los vínculos de comunicación que debían conservar con la Trinidad —pues no hay culpa, dice Jesús, en la que estas tres potencias no concurran juntas. Jesús las redimió una por una: por los tres clavos de su Cruz, dice Él mismo, «clavó» la inteligencia, la memoria y la voluntad de las almas que desean amarlo, para hacerlas quedar de nuevo enteramente atraídas hacia Él.

Pregunta 3 — ¿Qué es el libre albedrío, y por qué Dios no lo destruye jamás?

Jesús revela a Luisa que su Humanidad, viendo presentes todos los pecados, todos los castigos y todas las almas perdidas, habría querido aferrarlo todo en un solo instante para destruir el mal y salvar las almas —y que, para ello, habría podido destruir el libre albedrío de las criaturas. Nunca lo hizo: sin él, el hombre no habría tenido voluntad propia al obrar el bien y jamás habría podido ser objeto digno de la Sabiduría creadora de Dios —habría sido un hijo extraño en casa ajena, más que un heredero.

Pregunta 4 — ¿Qué son los diez mandamientos, y cómo se cumplen, no por coacción sino desde dentro, en la Divina Voluntad?

Los diez mandamientos siguen siendo, para toda vida cristiana, la ley que nadie puede pretender superar: Jesús mismo, aunque «Autor de la ley», quiso someterse a ella en todo, hasta en la circuncisión, que no lo obligaba. Vivir en la Divina Voluntad no dispensa, pues, jamás de observarlos: hace de su observancia, por el contrario, el lugar donde el deber deja de sentirse como una coacción exterior y se convierte en la forma misma de la santidad.

Pregunta 5 — ¿Qué son las Bienaventuranzas, y cómo expresan la felicidad propia de la vida en el Fiat?

Las Bienaventuranzas, tal como Jesús las proclama en el Evangelio, describen la felicidad paradójica prometida a los pobres, a los afligidos, a los mansos y a los hambrientos de justicia —una felicidad que la vida en el Fiat nunca contradice, sino que, por el contrario, hace plenamente accesible.

Pregunta 6 — ¿Cómo se enraízan las virtudes teologales —fe, esperanza y caridad— en las tres potencias restauradas del alma?

Jesús mismo enseña a Luisa, en un largo ejercicio contemplativo, que las tres virtudes teologales están como «simbolizadas» unas en otras, a imagen de la Trinidad de las Personas Divinas: la fe hace creer, la esperanza hace esperar, la caridad hace amar, y las tres están tan unidas entre sí que ninguna puede subsistir sin las otras dos.

Pregunta 7 — ¿Cómo ordena y corona la Divina Voluntad todas las virtudes en el alma que se entrega a Dios?

María enseña a Luisa algo más radical que una simple lista de virtudes: cuando el alma entrega enteramente su voluntad a Dios, recibe todas las virtudes «como si le pertenecieran por naturaleza» —no solo por una adquisición progresiva y meritoria, sino como fruto inmediato de esa Divina Voluntad que toma posesión de ella.

Pregunta 8 — ¿Qué son los dones del Espíritu Santo, y cómo perfeccionan la vida en el Fiat?

María promete a Luisa hacer descender al Espíritu Santo en su alma, «a fin de que consuma lo que es humano», y confirmarla, mediante su soplo, en la Divina Voluntad —descripción que expresa, a su manera, la acción perfectiva propia de los dones del Espíritu Santo.

Pregunta 9 — ¿Qué es la ley nueva, y en qué sentido la vida en la Divina Voluntad constituye su cumplimiento más interior?

Jesús dice haber venido a abolir ciertas leyes antiguas y a perfeccionar otras, para establecer una ley nueva, «ley de gracia y de amor», en la que todos los sacrificios antiguos encuentran su único y suficiente cumplimiento en Él mismo. Vivir en la Divina Voluntad no repite esta misma abolición ni funda una ley todavía más nueva: es dejar que esta ley de gracia ya establecida se convierta, en el alma, en una santidad vivida hasta su coronamiento más completo.

Pregunta 10 — ¿Qué es la conciencia moral, y cómo se forma en la luz de la Divina Voluntad?

La vida en la Divina Voluntad supone y exige, en vez de reemplazarla, una conciencia recta y bien formada: ningún alma puede dejar que la Voluntad de Dios se convierta en el principio de sus actos si no ejerce ya, sobre cada uno de ellos, el discernimiento moral ordinario que la Iglesia pide a todo fiel.

Pregunta 11 — ¿Cómo se convierten el matrimonio vivido día a día, la familia, el trabajo, la enfermedad, la vejez y la vida social en camino hacia el Fiat?

El matrimonio, la familia, el trabajo, la enfermedad, la vejez y la vida social se convierten en camino hacia el Fiat desde el momento en que sus gestos más ordinarios —la fidelidad conyugal, la educación de los hijos, el trabajo cotidiano, el sufrimiento del cuerpo que declina, las relaciones de cada día con los demás— dejan de realizarse para uno mismo solamente y son ofrecidos, uno a uno, como actos hechos en la Divina Voluntad más que en la sola voluntad propia. Ningún estado de vida es demasiado humilde para convertirse en materia de esta unión.

Pregunta 12 — ¿Cómo se articulan la virginidad y el celibato consagrados por el Reino con la vida en la Divina Voluntad?

Cristo mismo invita a algunos a renunciar al matrimonio «por el Reino de los Cielos» (Mt 19,12): lejos de ser un estado disminuido, esta virginidad anticipa ya ahora las bodas eternas del Cordero. María revela haber vivido, con José, este mismo voto mutuo de virginidad perenne, y que la Divina Voluntad encontraba precisamente en él su mayor fecundidad. Vivir en el Fiat no añade, por tanto, ningún estado de vida nuevo junto al matrimonio, la virginidad consagrada o el sacerdocio: cada uno de estos estados encuentra en él, según su forma propia, la misma disponibilidad total del corazón a Dios.

Pregunta 13 — ¿Cómo perseverar en esta vida cristiana integral a pesar de la debilidad y las recaídas?

La esperanza, enseña Jesús, reviste al alma de una fuerza casi invencible y le da la perseverancia final, hasta que tome posesión del Reino celestial. Perseverar no significa, por tanto, no volver a caer nunca, sino no dejar nunca de levantarse y recomenzar, acto tras acto, sin perder jamás tiempo en excusarse de las propias debilidades. Más allá de este combate perseverante, el alma plenamente establecida en el Fiat entra en un estado en el que la paz, la alegría y la certeza ya no son solamente esperadas, sino ya compartidas, en una comunidad de bienes con su Creador que la teología espiritual clásica no conoce bajo esta forma.

Pregunta 14 — ¿Qué implica la Divina Voluntad para la justicia social, el uso de los bienes y la responsabilidad hacia la Creación?

La realeza que la Primera parte reconoció al hombre sobre la Creación nunca fue una dominación arbitraria, sino un encargo recibido de Dios, que debía ejercer en el Fiat y no en nombre propio. Un alma que vive en la Divina Voluntad no puede, por tanto, tratar ni los bienes de la tierra ni sus relaciones con los demás de manera puramente posesiva.

Pregunta 15 — ¿Existe una jerarquía en el ejercicio de la caridad?

Jesús enseña a Luisa que la caridad que le es más agradable nunca es indiferenciada: se dirige primero a quienes están más cerca de Él, y los más cercanos a su corazón son las almas del purgatorio, confirmadas en su gracia y, sin embargo, impotentes para aliviarse a sí mismas. Viene después, en segundo lugar, la caridad hacia las almas que, en esta misma tierra, viven ya cerca de su Voluntad.

Decimotercera parte — El combate espiritual en la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Quién es el Adversario, y por qué se opone particularmente a la manifestación del Reino de la Divina Voluntad?

El Adversario no es un principio del mal igual a Dios ni una simple figura simbólica: es un ángel, pura criatura espiritual creada buena, que se hizo mala por su propia elección, libre

e irrevocable, de rechazar a Dios y su Reino. El Adversario teme a un alma valiente apoyada en Dios más que a cualquier otra cosa, porque nada puede contra ella sin permiso divino. Si se opone con tal furia a la manifestación del Fiat, es porque este Reino, una vez establecido, realizaría precisamente lo que su rebelión originaria quiso impedir: que la criatura no forme más que un solo querer con su Creador.

Pregunta 2 — ¿Qué es la tentación, y cómo se vive de manera diferente para el alma que vive en el Fiat?

Dios permite la tentación no para perder al alma, sino para establecerla más sólidamente en las virtudes que cree estar a punto de perder: al término del combate, se encuentra, dice Jesús, «como un rey que regresa vencedor de una ferocísima guerra», más rica por ese mismo combate de lo que era antes. Sin embargo, una vez que el alma está plenamente establecida en el Fiat, la tentación cambia de naturaleza: el demonio, que no tiene poder para entrar en esta Voluntad ni siquiera deseo de hacerlo, huye de ella más bien que asaltarla.

Pregunta 3 — ¿Qué es el discernimiento de los espíritus, y cuáles son sus criterios, primero los clásicos y después los propios de la vida en el Fiat?

Desde las primeras páginas de su diario, la propia Luisa pide a Jesús la luz necesaria para saber si se trata verdaderamente de Él «o bien ilusión del enemigo» —gesto que debe seguir siendo el primer reflejo de toda alma ante una experiencia espiritual extraordinaria— . Jesús le enseña también un arma concreta: declarar ante el Cielo, la tierra y los mismos demonios la resolución de no ofender jamás a Dios, lo cual basta para cortar de raíz toda inquietud y toda tentación de duda paralizante. Más tarde, una vez establecida en el Fiat, Luisa recibe criterios más específicos de esta misma vida: una paz sin sombra de turbación y una constancia de acción que solo produce la presencia de la Divina Voluntad.

Pregunta 4 — ¿Cómo puede el demonio manipular la imaginación, y cómo reconocer una falsa luz?

La imaginación, facultad sensible más cercana a la vida interior, es también la que el demonio manipula con mayor facilidad: unas veces hace pasar por un puro «trabajo de la fantasía» lo que viene realmente de Dios; otras, la puebla de imágenes y terrores que nada tienen de divino. Por tanto, el criterio nunca reside en la vivacidad o extrañeza de la imagen recibida, sino en su fruto prolongado: una paz que ni el sueño, ni la fantasía, ni el propio demonio pueden producir ni sostener a lo largo del tiempo.

Pregunta 5 — ¿Qué es el orgullo espiritual, y cómo acecha particularmente a las almas avanzadas en la vida interior?

Jesús dice que ni siquiera puede entrar en los corazones que «apestan de soberbia»: inflados de sí mismos, no dejan lugar alguno donde Él pueda ponerse. El remedio que enseña inmediatamente es la pequeñez del niño envuelto en pañales, incapaz de dar un paso o hacer un gesto por sí mismo, que todo lo espera de su madre.

Pregunta 6 — ¿Por qué la curiosidad profética es una trampa, y cómo protegerse de ella?

La curiosidad profética es una trampa porque desvía la atención de lo que se pide realmente —vivir, desde hoy, en el Fiat— hacia una especulación sobre el futuro que no pertenece ni a la fe ni a la caridad, y que los propios demonios saben explotar para extraviar al alma. Protegerse de ella consiste, por tanto, menos en reprimir una curiosidad que en reorientarla: buscar no cuándo vendrá el Reino, sino cómo vivir en él desde ahora.

Pregunta 7 — ¿Cómo distinguir la opinión de hombres de Iglesia de la autoridad legítima de la Iglesia, y guardarse de toda desconfianza hacia ella?

La propia Luisa conoció, desde los comienzos de su vida mística, juicios eclesiásticos severos y contradictorios —unos la consideraban simuladora, otros exigían que se la corrigiera por la fuerza y otros todavía la juzgaban poseída—, sin permitir jamás que esta dureza humana se convirtiera en motivo de desconfianza hacia la autoridad de la Iglesia misma. La misma distinción vale hoy: la opinión, aunque sea severa, de un hombre de Iglesia considerado individualmente —aunque sea sacerdote— nunca compromete la autoridad de la Iglesia como tal, sobre todo cuando va en contra del juicio emitido por aquellos a quienes corresponde juzgar legítimamente; en todo, siguen siendo necesarias la fidelidad, la obediencia y el respeto hacia la Iglesia misma.

Pregunta 8 — ¿Qué es el desaliento espiritual, por qué es tan peligroso y cómo remediarlo?

Jesús compara el desaliento con un «humor infeccioso» que penetra hasta la raíz del alma y la seca por completo si no se le pone remedio con el humor contrario. Más temible aún: este mal nunca se presenta como un enemigo, sino como un amigo que parece agonizar con el alma misma —por eso hay que aprender a reconocerlo antes de que se instale.

Pregunta 9 — ¿Por qué permite Jesús la privación sensible de su presencia, y cómo distinguirla de la aridez contraria a una vida plenamente establecida en el Fiat?

Hay que distinguir dos realidades que el *Libro de Cielo* no confunde jamás: la privación —la ausencia sensible de la presencia de Jesús, que Luisa vive constantemente como prueba de constancia y ocasión de purificación del amor propio— y la aridez propiamente dicha, que Jesús declara explícitamente excluida de la vida *plenamente* establecida en su Voluntad, pues esta es enteramente luz y paz. La aridez caracteriza a un alma todavía «a la sombra» del Fiat, no a la vida plenamente establecida en él.

Pregunta 10 — ¿Cómo participa también el alma que vive en el Fiat en el combate final anunciado en la Escritura?

El mismo Adversario, constreñido por la Divina Voluntad, es aquel cuya derrota definitiva anuncia la Escritura. Cada victoria obtenida por un alma sobre la tentación, la ilusión o el desaliento participa, por tanto, en el orden más humilde y cotidiano, de ese mismo combate ya ganado en su principio por la Cruz y plenamente manifestado en el último día.

Pregunta 11 — ¿Cómo permanecer en la paz y la confianza en el corazón mismo del combate?

«La humildad sin confianza es virtud falsa», enseña el corpus desde sus primeras páginas: la verdadera humildad no se opone jamás a la paz, sino que, por el contrario, es su condición, puesto que nada de cuanto el demonio pueda intentar puede alcanzar al alma sin el permiso de un Dios de quien ella sabe, con certeza, que no quiere sino su bien.

Decimocuarta parte — La Divina Voluntad y las realidades últimas

Pregunta 1 — ¿Qué es la muerte, y cómo se transforma para el alma que vive en la Divina Voluntad?

Jesús dice a Luisa que el temor extravagante a la muerte es una locura, puesto que cada alma posee ya, como pasaporte para entrar en el Cielo, todos sus méritos, virtudes y obras, que Él ha dado a todos como puro don. Para el alma que vive en el Fiat, desear morir para unirse a Dios se convierte incluso en el más bello homenaje que puede ofrecerle y en la disposición más segura para pasar directamente, sin desvío, por el camino del Cielo.

Pregunta 2 — ¿Qué es el juicio particular?

El juicio particular es el juicio inmediato que cada alma recibe de Dios en el momento mismo de la muerte, por el cual toda su vida es referida a Cristo y recibe su retribución eterna —el Cielo directamente, una purificación que prepara para él, o el infierno para siempre. El *Libro de Cielo* ilumina este momento con una luz sobrecogedora: en el instante mismo en que el alma abandona el cuerpo, Jesús se presenta ante ella con una ternura extrema para arrancarle, en un último impulso, un acto de dolor, de amor y de adhesión a su Voluntad —pues sin al menos un acto semejante, dice, las puertas del Cielo no se abrirían. Esta «última sorpresa de amor» explica por qué tantas almas, excepto las más obstinadas, se salvan; la propia María interviene en él, en virtud de su autoridad de Madre, para obtener su salvación.

Pregunta 3 — ¿Qué es el purgatorio, y qué aporta a su comprensión la vida en el Fiat?

El purgatorio es ese estado de purificación final, después de la muerte, para las almas que mueren en la gracia de Dios pero todavía imperfectamente purificadas, antes de entrar en la alegría del Cielo. El *Libro de Cielo* enseña que la vida en el Fiat cambia profundamente lo que allí está en juego: el alma que vive verdaderamente en la Divina Voluntad no puede, dice Jesús, ir al purgatorio, porque esta misma Voluntad «anticipa» ya en esta tierra el trabajo de purificación que el purgatorio realizaría después de la muerte —de modo que, al morir, el alma emprende directamente el vuelo hacia el Cielo. Esta misma Voluntad determina también la eficacia de los sufragios ofrecidos por las almas que, habiendo vivido en el Fiat sin haberle sido perfectamente fieles, pasan pese a todo por una purificación abreviada: sus actos les han formado «caminos» por los cuales la oración de los vivos puede alcanzarlas y apresurar su paso al Cielo; y cuanto más vive también quien ora en esta misma Voluntad, más encuentra su oración esos caminos y da fruto.

Pregunta 4 — ¿Qué es el infierno, y por qué su existencia no contradice la bondad de Dios?

Jesús enseña que su presencia no cambia jamás: es el estado del alma el que determina si esa misma presencia se recibe como atracción y vida, o se padece como rechazo y sufrimiento. Dios, por tanto, nunca se venga arbitrariamente: en el juicio manifiesta en verdad la elección de la criatura, ya hecha definitiva. El infierno no es una simple impresión subjetiva, sino la separación definitiva de la comunión con Dios, libremente elegida por el rechazo obstinado de su amor; el alma mala experimenta entonces como rechazo aquello que, para el alma buena, es fuente de toda alegría.

Pregunta 5 — ¿Qué es el Cielo, fin último de toda esperanza cristiana?

El Cielo es la comunión perfecta y definitiva de vida y de amor con la Santísima Trinidad: el estado de felicidad suprema al que aspira toda vida cristiana y que colma, más allá de toda expectativa, el deseo de felicidad inscrito en el corazón del hombre. Ningún reinado terrestre de la Divina Voluntad, por real y deseado que sea, podría ni reemplazarlo ni anticipársele en el orden de los fines: el Cielo sigue siendo el fin último y absoluto hacia el cual tiende toda esperanza cristiana.

Pregunta 6 — ¿Qué es la resurrección de la carne?

La propia misa, enseña Luisa, nos recuerda que nuestros cuerpos, deshechos y reducidos a cenizas por la muerte, resucitarán el día del juicio con Cristo, para una vida inmortal y gloriosa —verdad que Jesús le presenta como uno de los misterios más consoladores y sublimes de toda la religión cristiana, junto con su presencia eucarística. Esta misma Voluntad da también al alma, ya desde esta tierra, como una anticipación espiritual de esta resurrección: cada acto hecho en el Fiat es ya, dice Jesús, «una resurrección divina» que el

alma recibe por adelantado.

Pregunta 7 — ¿Qué es el juicio final, y qué relación tiene con el Reino esperado en la tierra, ya tratado en XI?

En el día del juicio, dice un confesor de Luisa al expresar un temor clásico, los malos exclamarán ante Dios indignado: «¡Montes, sepúltenos, destrúyanos, a fin de que no veamos la cara de Dios indignado!» —imagen severa que la propia Luisa matiza enseguida al recordar que nunca es Dios quien cambia de rostro, sino el alma la que, según su propio estado, siente su presencia como alegría o como terror. Este juicio final, público y universal, no guarda ninguna continuidad cronológica con el Reino terrestre del Fiat: es su clausura definitiva, no una etapa entre otras.

Pregunta 8 — ¿Qué es la creación nueva y la visión beatífica?

La Humanidad de Jesús, dice Él a Luisa, gozaba ya durante su vida terrena de la visión beatífica, sin que esta se le separara jamás, ni siquiera en lo más intenso de su Pasión. Para el alma que vive en el Fiat, cada acto hecho en la Divina Voluntad despliega ya aquí abajo, a su medida, como un «nuevo cielo» de santidad, de luz y de gloria —prefiguración real, aún no consumada, de la creación nueva en la que esa misma Voluntad reinará sin compartir su dominio.

Pregunta 9 — ¿Cómo une concretamente la comunión de los santos la tierra, el purgatorio y el Cielo?

Las almas liberadas del purgatorio por los sufrimientos de Luisa descendían de nuevo para rodearla y darle las gracias con sus cánticos: este intercambio concreto entre un alma todavía en la tierra y almas ya entradas en el Cielo ilustra, mejor que ninguna definición abstracta, lo que es realmente la comunión de los santos —un solo y mismo cuerpo en el que el bien hecho por unos aprovecha realmente a los otros, más allá incluso de la frontera de la muerte.

Pregunta 10 — ¿Qué valor eterno tienen, ya desde aquí abajo, los actos hechos en la Divina Voluntad?

La Undécima parte ya ha establecido que todo acto hecho en la Divina Voluntad recibe de Dios una confirmación que lo hace «imperecedero, siempre nuevo, fresco, de una belleza encantadora» (XI.1): esta misma verdad, ya plenamente enunciada, encuentra aquí su lugar natural de conclusión, puesto que el valor eterno de los actos es precisamente lo que enlaza, sin ruptura, la vida presente con la vida que no termina.

Pregunta 11 — ¿Cómo conducen al Cielo los actos hechos en la Divina Voluntad y abren vías de auxilio a las almas del purgatorio?

Los actos hechos en la Divina Voluntad no permanecen ni siquiera un instante junto al alma que acaba de realizarlos: Jesús revela que, apenas formados, emprenden el vuelo hacia el Cielo, donde los bienaventurados los acogen y los conducen al puesto de honor en torno al trono supremo —un camino que Jesús mismo llama el «camino regio». Los actos solamente buenos, pero no hechos en esta Voluntad, siguen, en cambio, vías tortuosas: esperan al alma en el purgatorio para purificarse allí con ella, antes de llegar al Cielo a un puesto secundario. El alma que lo ha dado todo a la Divina Voluntad no tiene, por tanto, propiamente hablando, vía alguna hacia el purgatorio: también su vía es directa al Cielo —y conserva incluso, desde esta tierra, un acceso directo a las almas que todavía sufren allí.

Pregunta 12 — ¿Existe una jerarquía entre las almas que viven en la Divina Voluntad, en el Cielo?

Del mismo modo que Dios tiene en el Cielo la jerarquía de los ángeles en nueve coros distintos, así tendrá, dice Jesús, la jerarquía de los hijos de su Reino en otros nueve coros — diferenciados no por méritos extraños unos a otros, sino por la medida de los conocimientos de la Divina Voluntad que cada uno haya hecho suyos. Y quienes los hayan recibido y vivido ya en la tierra los poseerán de un modo que quienes solo los reciban en el Cielo nunca podrán igualar.

Pregunta 13 — ¿Qué relación mantienen los Bienaventurados del Cielo con las almas que viven en la Divina Voluntad en la tierra?

Los bienaventurados gozan en el Cielo de toda la bienaventuranza que contiene la Divina Voluntad, pero sus méritos están allí ya fijados: ya no pueden, dice Jesús, «multiplicar» esta Vida divina. El alma que todavía vive en el Fiat sobre la tierra conserva por sí sola este poder: en ella la Divina Voluntad permanece «obrante», mientras que en los bienaventurados ya no es sino «beatificante». Sin embargo, cada acto hecho en el Fiat alcanza a los propios bienaventurados, cuya alegría aumenta por este mismo bien que ya no pueden producir por sí mismos.

Fórmulas para recordar

Esta segunda parte reúne, bajo el mismo reparto en catorce partes que la versión condensada que precede, la totalidad de las «Fórmulas para recordar» de la obra —una por pregunta, en el orden en que aparecen.

Introducción general — ¿Por qué una obra de preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad?

Pregunta 1. La Divina Voluntad es el querer único y eterno de Dios; vivir en ella es dejar que este querer se convierta, instante tras instante, en el principio continuo de todos nuestros actos.

Pregunta 2. Tres Fiat, un solo designio: Dios solo pronuncia el de la Creación; María concurre al de la Redención; la multitud de las almas está llamada al de la Santificación.

Pregunta 3. La Divina Voluntad no es una cuarta Persona junto al Padre, al Hijo y al Espíritu: es el único querer por el cual los Tres actúan indivisiblemente.

Pregunta 4. El Reino de la Divina Voluntad es el cumplimiento del designio creador: la Voluntad de Dios reinando en el hombre y en la tierra, en el corazón del Reino de Cristo y de su Iglesia.

Pregunta 5. Hacer la Voluntad de Dios es una obediencia repetida; vivir en la Divina Voluntad es una morada.

Pregunta 6. El silencio de la tradición espiritual atestigua la novedad del don confiado a Luisa; Jesús se presenta como autor de estos escritos, mientras Luisa le presta su alma, su amor y su voluntad como papel, tinta y pluma.

Pregunta 7. El título del *Libro de Cielo* resume su misión: llamar a la criatura al orden, a su puesto y al designio de Dios; fuera de su Voluntad, vaga como intrusa en su propia casa.

Pregunta 8. Luisa nunca escribió sino bajo obediencia; nosotros solo podemos recibir lo que escribió en comunión con la Iglesia y dentro de su fe.

Pregunta 9. Jesús no vino a abolir, sino a dar plenitud (Mt 5,17): la Divina Voluntad nunca dispensa de los sacramentos, de la moral, de la Cruz o del Cielo —es su esperada plenitud interior.

Pregunta 10. El Reino de la Divina Voluntad es el cumplimiento aún esperado de la oración de Jesús: «Hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo».

Pregunta 11. Pensar en sí mismo empequeñece al alma; pensar solo en Dios la engrandece a su medida: esta sola pequeñez deja todo el lugar a su grandeza.

Primera parte — El designio originario: el hombre creado para vivir en la Divina Voluntad

Pregunta 1. Dios no creó al hombre ante todo para que hiciera grandes cosas, sino para que su Voluntad fuera la vida del hombre y el hombre, la gloria de su Voluntad.

Pregunta 2. El soplo que animó al hombre no fue un simple suplemento de vida: fue la Vida misma de Dios, confiada a su criatura —y nunca retirada.

Pregunta 3. Dios no esperaba ni tributo ni obra, sino un «te amo»; pronunciada libremente, esta primera palabra valía para Él más que todos los bienes dados.

Pregunta 4. La imagen de Dios es dada con la vida; la semejanza se forma acto tras acto, en la Voluntad de Dios hecha propia.

Pregunta 5. Tres soles —inteligencia, memoria y voluntad— iluminan una sola alma: distintos y unidos, llevan en ella la huella de la Trinidad que la creó.

Pregunta 6. Adán fue creado rey de la Creación porque el Fiat reinaba en él: la realeza sobre las cosas nace de la realeza de Dios en el alma.

Pregunta 7. Adán no gobernaba la Creación desde lejos, como un rey ausente: su alma se hacía presente en ella en cada acto de amor, y toda la Creación llevaba su eco.

Pregunta 8. Antes del pecado, la voluntad de Adán era la de Dios, y la de Dios era la suya: la felicidad del origen fue esta felicidad recíproca.

Pregunta 9. Un acto hecho en el Fiat permanece intacto para siempre: ni la caída, ni el pecado, ni el tiempo pueden deshacer lo que ha entrado en el orden eterno de Dios.

Pregunta 10. Poseer el Reino es permanecer voluntariamente en el acto primero de la propia creación y encontrar en él todos los bienes: no gracias recibidas una a una, sino la fuente misma.

Pregunta 11. Dios no hizo solamente un mundo para el hombre: hizo, dentro del hombre, un vacío a su propia medida —que nada, fuera de Él mismo, podrá jamás colmar.

Pregunta 12. La Creación permanece en el Fiat por naturaleza; el hombre está llamado a permanecer en él por amor: lo que el sol hace sin saberlo, el hijo debe hacerlo queriéndolo.

Pregunta 13. La Creación es la morada y el espejo del hombre: debía mirarse en ella para copiar en sí el orden, la armonía, la luz y la firmeza de su Creador.

Pregunta 14. El hombre fue creado para ser la voz de la Creación: por él, la alabanza muda de las cosas debía convertirse en amor y adoración ante Dios.

Pregunta 15. La única finalidad de la Creación nunca ha cambiado y nunca será abandonada: que la Divina Voluntad viva en el hombre, y el hombre en la Divina Voluntad.

Pregunta 16. Dios nunca fijó un techo a cuanto quiere dar al hombre: su «basta» nunca será pronunciado; queda por saber si el hombre, por su parte, querrá pronunciarlo en su lugar.

Pregunta 17. Dios no quiso siervos que ejecutaran, sino hijos en quienes formar su Vida: cada acto hecho en su Voluntad alimenta en nosotros la misma Vida de Dios.

Segunda parte — La Caída: la pérdida del Reino de la Divina Voluntad

Pregunta 1. Adán no poseía solamente dones: la Voluntad de Dios era el centro de su vida, y de ese centro todo recibía su nobleza.

Pregunta 2. Primero cesó el amor, después comenzó el pecado: Adán no desobedeció primero; primero olvidó que era amado.

Pregunta 3. El pecado original no privó solamente al hombre de un bien: vació interiormente todos los actos que vendrían después, como un fruto que nunca llega a madurar.

Pregunta 4. La imagen de Dios en el hombre no desapareció; lo que la Caída hizo perder fue la semejanza viva, la vida divina en los actos.

Pregunta 5. Adán no pecó solo ni únicamente para sí mismo: creado cabeza de toda la familia humana, su caída se convirtió en la de todos sus descendientes.

Pregunta 6. Después de la Caída, el hombre pudo todavía hacer la Voluntad de Dios; ya no pudo poseerla —esta posesión esperaba al mismo Dios ofendido.

Pregunta 7. Recibir los efectos es recibir dones de la Voluntad de Dios; poseer su unidad es tenerla a Ella misma como vida.

Pregunta 8. La Divina Voluntad nunca abandona al hombre caído: permanece como su remedio, su salud, su alimento y su parte de herencia, a la espera de poder volver a ser su vida en la casa del Padre.

Pregunta 9. El Edén perdido no se reconquista mediante el esfuerzo humano: solo Dios ofendido podía rehacer, por su parte, el vínculo que el hombre había roto.

Pregunta 10. Cada pecado personal repite, en pequeño, el gesto de Adán: un querer que se busca a sí mismo en lugar de entregarse.

Pregunta 11. Dios creó al hombre libre, no esclavo, para recibir de él un amor verdaderamente suyo —y esta misma libertad que hace posible el amor hace posible también su herida.

Tercera parte — La Redención: Jesús rehace al hombre y prepara el retorno del Reino

Pregunta 1. El pecado no hizo nacer el designio de la Encarnación: solo cambió su vestidura —de la púrpura real al sudario del siervo sufriente.

Pregunta 2. La Pasión de Jesús no comienza en el Huerto de los Olivos: comienza en el primer latido de su Humanidad concebida, ya enteramente entregada.

Pregunta 3. En Cristo, la unión de las voluntades no borra la voluntad humana: siendo plenamente ella misma, se entrega por entero a la Voluntad del Padre y encuentra así su perfección.

Pregunta 4. Jesús solo podía dar el Reino de la Divina Voluntad poseyéndolo primero Él mismo en plenitud, en el centro de su propio corazón.

Pregunta 5. El cáliz de Getsemaní contenía ante todo toda voluntad humana separada de Dios; al beberlo, Jesús obtuvo para la tierra el retorno del reinado del Fiat.

Pregunta 6. Jesús rehízo en el amor del Padre cada acto de toda criatura; actuar en el Fiat es unir nuestro acto al que Él hizo primero.

Pregunta 7. Lo que no hice o hice mal, Jesús ya lo rehízo en su Voluntad; hoy me llama a unirme a esta obra perfecta de la Redención.

Pregunta 8. Bastó que el Fiat reinara en un corazón para que cada respiro de ese corazón se convirtiera en una gloria devuelta al Padre —y ese corazón fue el de Jesús.

Pregunta 9. Jesús no retrasaba su Reino por indiferencia, sino por un amor de madre que espera que el hijo que lleva encuentre un mundo dispuesto a recibirlo.

Pregunta 10. El Reino de la Redención cura; el Reino de la Voluntad hace reinar —y es la misma Sangre la que abre ambas puertas.

Pregunta 11. Por su Resurrección, Jesús devuelve al hombre el derecho a revivir; por su Ascensión, abre la espera del Reino; por Pentecostés, da a la Iglesia el Espíritu que prepara su cumplimiento.

Pregunta 12. La Creación y la Redención están ya, como dos Fiat, entrelazadas en uno solo; pero Dios espera todavía, desde la tierra, el tercer Fiat que las coronará.

Pregunta 13. Jamás se alcanza la Divinidad de Jesús dejando atrás su Humanidad: se entra en ella a través de esta, como por una puerta que nunca se cierra.

Cuarta parte — María: la criatura que nunca perdió el Reino

Pregunta 1. Adán tuvo una primavera en el Fiat; sólo María tuvo toda la estación, desde el primero hasta el último día.

Pregunta 2. Lo que requirió seis días para realizarse en toda la Creación, Dios lo hizo en un solo instante en el alma de María: su Concepción Inmaculada hizo comenzar en ella la vida plena del Fiat, renovó toda la Creación y dio a todos el derecho de tenerla por Madre.

Pregunta 3. María no se limitó a impedir que su voluntad propia hiciera el mal: nunca le dio vida, ni siquiera en el bien, habiéndola atado desde el primer instante al pie del Trono divino como sacrificio continuo.

Pregunta 4. La prueba de María no fue un momento de su vida: fue el primer acto de toda su vida, renovado sin cesar hasta el último día.

Pregunta 5. Porque triunfó en la prueba entregando sin reserva su voluntad, María recibió la posesión del Reino, el cetro de Reina y el encargo de poner a salvo el destino de la humanidad.

Pregunta 6. Dios no quiso realizar solo el prodigio de la Encarnación: el fiat libre de María y el Fiat divino, distintos sin confusión, se fusionaron en un solo acto, y la humanidad de María dio vida a la pequeña Humanidad del Verbo.

Pregunta 7. María no dejó de ser madre después de dar a luz al Verbo: continúa engendrando, en cada alma que lo quiere, esta misma Vida de la Divina Voluntad —y esta misma fecundidad, recibida en plenitud por ella sola, se comunica realmente, en la medida que le es propia, a toda alma que vive a su vez en el Fiat (VII.10).

Pregunta 8. María no enseña una teoría sobre la renuncia a sí mismo: tiende las manos, cada día, para que depositemos en ellas nuestra voluntad.

Pregunta 9. *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad* no enseña solamente la Divina Voluntad: su misma forma —lección, práctica, oración, repetidas día tras día— es ya una escuela de perseverancia en el Fiat.

Quinta parte — El tiempo del Don: Luisa, los conocimientos y la manifestación del Reino

Pregunta 1. Dios nunca retrasa un don por indiferencia: espera, como una madre espera a su hijo, el momento en que el don pueda producir todo su fruto.

Pregunta 2. Era preciso aprender el alfabeto de la Voluntad de Dios —la vida cristiana ordinaria, vivida por veinte siglos de santos— antes de poder leer sus frases más interiores.

Pregunta 3. Dios no improvisa la historia: la conduce mediante grandes pasos fieles, y el paso que se anuncia no añade nada al Evangelio —hace resplandecer toda su profundidad aún oculta.

Pregunta 4. No es Luisa quien reivindica un lugar inédito: es el silencio mismo de la tradición espiritual el que atestigua, para quien quiera comprobarlo, la novedad de lo que le fue confiado.

Pregunta 5. Dios no confía un don inmenso a pesar de la pequeñez de quien lo recibe, sino a causa de ella: porque solo una mano vacía puede recibir sin apropiarse de él.

Pregunta 6. Un conocimiento de la Divina Voluntad no informa solamente la inteligencia: como la luz del sol sobre una planta que se vuelve hacia ella, transforma poco a poco a quien lo recibe a imagen de su fuente.

Pregunta 7. Un Reino ignorado no puede ser ni querido ni habitado: por eso sus verdades son sus heraldos necesarios, no un simple ornamento añadido después.

Pregunta 8. Lo que Dios hizo una vez en el universo, lo vuelve a hacer en el alma que vive de su Voluntad, conocimiento tras conocimiento y gracia tras gracia: cielos, soles, mares y jardín —una Creación entera reproducida en ella.

Pregunta 9. La santidad de las virtudes imita a Dios mediante actos semejantes a los suyos; la santidad del Fiat deja que Dios mismo obre, escondido bajo la apariencia de la nada.

Pregunta 10. La santidad de las virtudes nunca es una escalera que se abandona, sino un escabel que solo se deja para subir al trono hacia el que ya conducía.

Pregunta 11. La historia de esta recepción no es ni un largo río tranquilo ni una condena definitiva: es la historia, ordinaria en la Iglesia, de un discernimiento conducido por etapas entre Trani y Roma, llegado a una clarificación doctrinal decisiva sin que la causa esté aún concluida.

Pregunta 12. Un Reino cuyo nombre mismo es «Fiat» nunca puede engendrar división: allí donde una lectura de estos escritos separa, aísla o eleva por encima de los demás, ya no es el Fiat quien habla.

Pregunta 13. Nunca se recibe una revelación privada como si igualara al Evangelio —aun cuando anuncie, como aquí, un don de alcance universal—: se la recibe dejándola, humildemente, servir para vivir mejor el Evangelio que ya se conoce.

Pregunta 14. El sacerdocio sigue siendo el mismo, pero su misión de proclamación se amplía: Jesús llama hoy a los sacerdotes, «nuevos profetas», a ser las trompetas del «Evangelio todo de Cielo» del Reino de su Fiat.

Pregunta 15. No se vive en la Divina Voluntad por haber recibido fenómenos extraordinarios: Dios va en busca de almas que quieren vivir en ella y renuevan este querer en un acto continuado.

Pregunta 16. Jesús no compara ni las personas ni su dignidad, sino tres misiones distintas e inseparables: la maternidad de María toma bajo su sombra la Paternidad, la Humanidad de Cristo manifiesta al Verbo, y la misión de Luisa recibe del Espíritu Santo la manifestación de los secretos del Fiat —mientras ella misma no permanece sino como una niña pequeñísima.

Pregunta 17. Al unir la mano de Luisa a la de María ante la Trinidad, Jesús representa las dos alas de su designio: María arrancó la Redención al Amor eterno; Luisa, ayudada por ella, debe arrancarle el «Fiat Voluntas tua» —como primera y depositaria de este bien, nunca como su igual.

Pregunta 18. El derecho de primogenitura que la Escritura reconoce al primogénito de una

familia, Dios se lo concede a Luisa en el orden de la gracia: lo que los demás hijos del Reino poseerán cada uno por su parte, ella lo encierra, la primera, todo junto —no para guardarlo, sino, como madre, para transmitírselo.

Pregunta 19. Luisa no entra de golpe en la Divina Voluntad: es conducida a ella por grados —hasta que su propio corazón, retirado por la lanza, cede el lugar al solo amor de Jesús.

Pregunta 20. Lo que la Caída apagó primero no es solamente la inocencia, sino una mirada: el ojo interior que veía sin esfuerzo aquello que el estudio más prolongado nunca basta para aprender por sí solo. La Divina Voluntad devuelve este ojo a quien la deja reinar en sí.

Sexta parte — Recibir y vivir el Don de la Divina Voluntad

Pregunta 1. El Don de la Divina Voluntad no es un capital recibido una vez: es un matrimonio renovado en cada acto, en el que Dios da siempre primero.

Pregunta 2. Vivir de la Divina Voluntad no es convertirse en Dios: es recibir sin cesar, por puro don, la participación real en esta vida que, sólo en Dios, permanece increada.

Pregunta 3. Recibir el Don no es un acto concluido de una vez para siempre: es el intercambio continuo de la voluntad humana y la Divina Voluntad, que ha de retomarse acto por acto; donde falta el intercambio, se forma un vacío y la vida divina queda como quebrada.

Pregunta 4. La nada reconocida nunca apaga el deseo, sino que, por el contrario, le da todo su lugar: ver con claridad que uno fue sacado de la nada es ya dejar que el Todo venga a colmar esa misma nada, sin que la ilusión de bastarse a sí mismo vuelva jamás a levantar en ella una barrera.

Pregunta 5. Ninguna escalera que subir para entrar en la Divina Voluntad, a diferencia de la virtud penosamente conquistada: una sola piedra que quitar, un solo paso que dar —y este primer paso, lejos de ser frágil, llama por sí mismo a un segundo y después a todos los demás, hasta que vivir en este Querer llegue a ser para el alma tan necesario como la vida misma.

Pregunta 6. Deponer la voluntad no es dejar de querer: es dejar de querer primero, para dejar siempre que la Voluntad de Dios abra la marcha.

Pregunta 7. La Divina Voluntad no borra jamás la voluntad humana: la eclipsa, como el sol del día eclipsa las estrellas sin destruirlas —y el alma más unida a Dios nunca ha sido tan libre.

Pregunta 8. El acto de la mañana traza el camino de todo el día; pero solo la atención retomada a cada instante disipa las nubes que, tarde o temprano, vienen a oscurecerlo.

Pregunta 9. La Voluntad querida invita, la mandada obliga; la operativa desciende ella misma en el acto del alma, y la cumplida lo llena hasta encerrar en él el cielo, el sol, las estrellas, todo y a todos.

Pregunta 10. La Voluntad obrante nunca invade: habita, facultad por facultad, el alma que se lo pide —y esta misma Voluntad que se da así en el gesto más humilde de una criatura es la misma que, desde toda la eternidad, obra entre las Personas divinas.

Pregunta 11. Adán no perdió solamente un orden que seguir: perdió una vida que obraba en él. Lo que el Fiat reconquista hoy, paso a paso, mediante cada verdad conocida, no es nada menos que esta misma vida, devuelta finalmente a la familia humana.

Pregunta 12. El corazón que late, el aliento que respira, no hablan de un mecanismo ciego: en el alma que vive en el Fiat, es la propia Divina Voluntad la que late y respira —hasta que la criatura le presta uno y otro.

Pregunta 13. Fundirse en la Divina Voluntad no es disolverse en ella: es el acto más interior que el alma puede renovar en todo momento, por el cual la voluntad humana, sin dejar de ser ella misma, se entrega enteramente a Aquel que solo puede hacerla solemne, fecunda y eterna.

Pregunta 14. Nada de lo que Jesús vivió se ha perdido: todo permanece a la espera en su Voluntad, y el alma que vive en ella se convierte en el lugar donde estos actos dan, por fin, su fruto completo.

Pregunta 15. Dios no tiene solamente un tesoro que dar: tiene, para cada alma, unos actos que le son propios, un recorrido que nadie más podía cumplir en su lugar —y que permanece suspendido mientras nadie se disponga a vivirlo.

Pregunta 16. Lo que Jesús no tiene necesidad alguna de recibir para ser perfecto, lo confía sin embargo al alma que lo ama: retomar, con Él, en su Voluntad, ese mismo gesto mediante el cual rehízo toda la naturaleza humana —no por carencia, sino por deseo de compañía.

Pregunta 17. No hay que buscar actos extraordinarios para vivir en la Divina Voluntad: basta depositar, en el acto más ordinario, el germen que lo hace fermentar por entero.

Pregunta 18. El verdadero amor nunca dice basta; y cuando la debilidad lo hace caer, se levanta sin detenerse en el escrúpulo, mientras Jesús mismo suple lo que falta al alma firmemente decidida a vivir en su Fiat.

Séptima parte — Propiedades, frutos y fecundidad de la vida en el Fiat

Pregunta 1. La luz de la Divina Voluntad nunca se mide; es la criatura la que, según se expone a ella, recibe poco o queda un día totalmente consumida en ella.

Pregunta 2. Dios habita el alma como su Templo y despliega en ella cada vez más su Vida; el alma que vive en el Fiat habita, a su vez, en Dios como en su propio Templo: los dos movimientos, lejos de contradecirse, cierran un mismo círculo de inhabitación recíproca.

Pregunta 3. El alma que vive en el Fiat no consuela a Dios con sus propias fuerzas: le devuelve, mediante la Voluntad que obra en ella, su inteligencia, su palabra, sus obras y su amor mismos —y así se convierte para Él en el Cielo y en el descanso que busca desde el séptimo día de la Creación.

Pregunta 4. El bautismo hace de nosotros hijos de Dios; vivir en la Divina Voluntad es la manera de ejercer esta filiación en toda su amplitud, no un segundo bautismo reservado a unos pocos.

Pregunta 5. El Fiat nunca reemplaza la virtud: la acoge, la ordena y la hace suya —hasta que se funde, con todas las demás, en la única caridad que no pasará jamás.

Pregunta 6. En la hostia sacramental, Jesús está realmente presente todo entero, pero las especies, privadas de voluntad, no pueden responderle; en el alma que vive en el Fiat, una voluntad libre le responde amor por amor y le permite continuar y multiplicar su Vida en sus actos: por eso la llama «hostia viviente».

Pregunta 7. El alma que vive en el Fiat no gobierna la Creación desde lejos ni limita su amor a un solo día: por el mismo acto único, se hace presente a cada pensamiento de criatura, a cada instante del tiempo —ayer, hoy y mañana confundidos en un solo «te amo».

Pregunta 8. Dios solo presta su Querer a quien primero ha hecho desearlo; pero, una vez que lo ha dado de verdad, rodea al alma de tanto amor que ella misma ya no querría marcharse, aunque, como Adán, todavía pudiera hacerlo.

Pregunta 9. Los santos hacen los milagros; pero el milagro que hace hacer los milagros es el alma en la que la Voluntad de Dios, sin división, obra Ella misma.

Pregunta 10. María engendró al Verbo en toda criatura, de una vez para siempre; toda alma que vive en el Fiat continúa, en su propia medida, engendrando lo que María engendró la primera.

Octava parte — Los actos en la Divina Voluntad: rondas, reparación y vida cotidiana

Pregunta 1. Nunca es la grandeza visible de un acto lo que lo hace divino, sino la Voluntad que, invisible, forma su vida —como el alma forma la vida de un cuerpo que no es más que su velo.

Pregunta 2. Un solo acto hecho en la Divina Voluntad es más grande que el Cielo y la tierra, porque su Poder y su Amor sin límites se despliegan enteramente en él; los conocimientos no aumentan su valor, sino que lo revelan como el de una gema ya poseída.

Pregunta 3. El mismo gesto puede ser un acto simplemente bueno o un acto divino: la diferencia nunca se ve desde fuera; radica enteramente en el vacío que la voluntad propia acepta, o no, dejar a Dios.

Pregunta 4. Ningún acto está hecho jamás de una sola pieza: Dios lo comienza, el alma lo continúa mediante su amor, y nada queda concluido hasta que este mismo amor es devuelto a quien lo dio primero.

Pregunta 5. Dios no se multiplica —pero el alma que lo deja reinar se convierte, dice Jesús, en su reproductora y bilocadora: una sola y misma Vida, llenando el Cielo y la tierra de tantas imágenes vivientes como hace nacer mediante sus actos.

Pregunta 6. En la Divina Voluntad, el acto se convierte en una Vida Divina, en un sol que repite sin cesar su primer acto de luz: firme, incesante, jamás interrumpido.

Pregunta 7. Nunca es la criatura la que se eleva hasta el acto primero de Dios: es ese acto, uno e indivisible, el que se biloca para descender enteramente en ella —por eso, en la Divina Voluntad, solo hay almas que se encuentran juntas en el comienzo.

Pregunta 8. La misma luz que hacía de Jesús «el continuo crucificado» en su propia Humanidad lleva hoy sus penas al corazón que no forma ya más que un solo querer con el suyo —no una herida más, sino la misma herida, finalmente compartida.

Pregunta 9. Orar en el Fiat es entrar libremente en él deponiendo la propia voluntad; entonces la oración se difunde sobre toda la Creación, da a los bienaventurados una nueva bienaventuranza y desciende hasta el purgatorio.

Pregunta 10. Hacer la ronda en la Creación, «derecho divino» y «primer deber» de la criatura, es alcanzar la Divina Voluntad en el acto distinto que realiza en cada cosa creada, hacerle compañía y rendir a Dios, en nombre de todos, amor, adoración, gratitud y gloria, pidiendo su Reino.

Pregunta 11. No se hace la ronda en la Redención como espectador: se entra en ella como se entra en una casa ya abierta para nosotros, a fin de rehacer allí, con Jesús, lo que Él mismo hizo allí por nosotros.

Pregunta 12. Las tres rondas no son tres caminos entre los que elegir: es un solo camino, recorrido tres veces bajo tres luces, que siempre vuelve a conducir a la misma Voluntad única.

Pregunta 13. Nada se añade a Dios cuando el alma le devuelve, mediante sus rondas, toda la Creación: pero lo que le devuelve es ya Dios mismo, dado hacia fuera —hasta ese amor que, purificado en el Fiat, se eleva hasta Dios, encuentra allí a Dios, y al que Jesús puede llamar, sin corregirse, igual al suyo: no por naturaleza, que ninguna criatura comparte, sino por esa filiación en el Hijo que hace real lo que la más pequeña de las criaturas puede decir: doy Dios a Dios.

Pregunta 14. El sol brilla, el mar murmura, pero ni uno ni otro sabe decir su propia gloria a Dios: es el alma que vive en el Fiat la que presta su voz a toda la Creación silenciosa —retomando, a su medida, la función misma del Verbo que narra eternamente al Padre.

Pregunta 15. Reparar por todos es, ante todo, devolver a Dios lo que toda criatura le debe y no le devuelve; es también, según el estado de cada uno, extraer del tesoro ya infinito de los actos de Jesús para ofrecerlo libremente a quien se quiera —al bienaventurado, al alma del purgatorio o al pecador.

Pregunta 16. Vivir en la Divina Voluntad nunca es vivir solamente para uno mismo: es convertirse, en el cuerpo místico de Cristo, en la piel que lleva a cada miembro la vida que le falta.

Pregunta 17. Nada es demasiado pequeño para llevar la impronta del Fiat: ni el trabajo de las manos, ni la palabra intercambiada, ni el sufrimiento soportado, ni la alegría recibida.

Novena parte — Los sacramentos, la Iglesia y la obediencia en la Divina Voluntad

Pregunta 1. La Divina Voluntad es, dice Jesús, «como un nuevo bautismo, más aún que el mismo bautismo»: no en el orden sacramental, sino en el cumplimiento de sus frutos, hasta destruir pasiones y debilidades y hacer vivir las cualidades divinas.

Pregunta 2. El Espíritu Santo da el beso una sola vez en la Confirmación; toda una vida hace falta después para devolvérselo.

Pregunta 3. La gracia santificante nunca queda superada por la vida en la Divina Voluntad: es su alimento continuo, sin el cual la vida divina ya depositada en el alma no podría ni crecer ni mantenerse.

Pregunta 4. En la Divina Voluntad, nunca es el alma quien consagra: es Jesús mismo, sumo sacerdote eterno, quien consagra el acto de la criatura —encontrando en él, allí donde faltan los sacramentos, hasta «la misma multiplicación» de su propia Vida Sacramental.

Pregunta 5. La hostia sacramental da a Jesús todo, salvo una respuesta sensible de amor; la hostia viviente no le da nada que Él no tenga ya, salvo esa misma respuesta que espera.

Pregunta 6. Vivir la misa en la Divina Voluntad es dejar que la Vida de Jesús se repita en nosotros: él nos da su Carne como alimento, y nosotros le damos nuestro amor, nuestra voluntad, nuestros deseos, nuestros pensamientos y nuestros afectos.

Pregunta 7. La confesión nunca interrumpe el intercambio continuo con Dios: cada vez que una falta real lo ha roto, es el lugar instituido y seguro de su reanudación —con la condición, advierte Jesús mismo, de no presentarse jamás en ella por costumbre, sin el verdadero dolor que, por sí solo, permite a este sacramento producir su fruto.

Pregunta 8. El Bautismo abría la vida cristiana borrando la culpa; la unción de los enfermos la cierra coronándola —entre ambos, toda una vida hecha para dejarse asir, cada día un poco más, por el mismo y único Fiat.

Pregunta 9. Cada familia estaba llamada a ser un pequeño espejo puesto en la tierra para reflejar a la Trinidad; el pecado rompe el espejo, la Divina Voluntad lo restaura.

Pregunta 10. El Orden «encierra juntos todos los demás sacramentos»: el sacerdote se convierte en repetidor de la Vida de Jesús, administrador de los sacramentos, pacificador entre el Cielo y la tierra y portador de Jesús a las almas.

Pregunta 11. La obediencia nunca fue, para Luisa, un obstáculo para su misión: fue su vínculo mismo, incluso en la hora más dolorosa de 1938.

Pregunta 12. Jesús consagra Él mismo, en unión real, al alma que se entrega enteramente a su Voluntad —hasta darse en comunión a ella antes incluso de que el sacerdote le dé la hostia; pero ningún alma, aunque sea la más unida a Él, consagra jamás por sí misma una hostia sin sacerdote.

Pregunta 13. La misa nunca dice una sola cosa: dice toda la fe —Redención, presencia real, resurrección prometida— y cierra, en su propio ritmo de consagración y consunción, el movimiento mismo por el cual el alma, a través de todos los sacramentos, desciende finalmente para ofrecer a Dios la correspondencia de amor que espera.

Pregunta 14. Obedecer a Dios y obedecer a los superiores legítimos que Él ha dado en la tierra no son jamás dos obediencias rivales ni sucesivas: son, dice Jesús, «dos virtudes de obediencia» del mismo peso, y el alma no puede amar una sin la otra.

Décima parte — La Pasión, la reparación y las 24 Horas

Pregunta 1. La Pasión no es un capítulo cerrado de la historia de la salvación: es el taller permanente donde la naturaleza humana, una vez deshecha, continúa siendo rehecha en quien se une a ella.

Pregunta 2. En el Huerto, Jesús llevó tres Pasiones: la del amor, que rehízo el amor; la del pecado, que rehízo la gloria del Padre; y la de los judíos, que rehízo la fuerza de las criaturas.

Pregunta 3. La Pasión que narran los Evangelios no fue, dice el propio Jesús, sino una sombra: el sufrimiento más duro, su propia Divinidad se lo hizo llevar en secreto durante toda su vida.

Pregunta 4. La Pasión de Jesús no duró veinticuatro horas: duró una vida entera, comenzada en su Concepción y sellada en la Cruz.

Pregunta 5. Nadie entra en el Reino del Fiat con un pasaporte de su propia fabricación: es Jesús mismo quien proporciona el papel, las palabras y la firma.

Pregunta 6. Contemplar, compadecer, reparar y querer con Jesús no son cuatro ejercicios que haya que multiplicar: son un único movimiento del corazón, que debe retomarse hora tras hora.

Pregunta 7. Jesús no necesita de nadie para reparar; pero desea a alguien con quien compartir la alegría de hacerlo.

Pregunta 8. El Evangelio narra lo que Jesús hizo; las 24 Horas nos hacen descender, hora tras hora, hasta lo que quiso y ofreció al hacerlo.

Pregunta 9. Recitar las 24 Horas es un ejercicio, por fervoroso que sea; hacerlas «con su Voluntad» es dejar que Jesús mismo actúe, en el alma, con toda su potencia.

Pregunta 10. No se presenta nunca la Pasión a Jesús desde fuera: se la hace propia, hora tras hora, hasta que Él mismo, por este contacto, hace con el alma lo que ella hace.

Pregunta 11. La Pasión no es solamente el lugar donde el pecado fue perdonado: es el lugar donde cada acto omitido de la historia encuentra todavía, hoy, a alguien que venga a rehacerlo.

Pregunta 12. No se repara ante todo porque se ame sufrir, sino porque Jesús mismo encuentra en ello una alegría real, hasta sentirse encadenado por amor —y porque este mismo refugio protege del peligro muy real sobre el que Él advierte.

Pregunta 13. Lo que hace a una víctima no es la pena recibida, sino el «sí» libremente dado, mantenido hasta el «sí» de la obediencia, que es el único que puede ponerle fin.

Pregunta 14. La Pasión nunca es un punto final: es un pasaporte ya firmado, que el propio Jesús espera ver por fin utilizado por un Reino todavía por venir.

Pregunta 15. Jesús nunca suprime el dolor consentido en su Fiat: lo transforma en joyas y hace de la Cruz la dote de cada una de sus esposas.

Pregunta 16. La Cruz nunca es ante todo aquello que hay que consentir en llevar: es el tesoro más deseable que existe, el trono donde Dios se revela y el lugar donde cada uno, sin excepción, encuentra cuanto necesita.

Pregunta 17. La Cruz es «sacramento» porque reúne los efectos de los sacramentos, y «encarnación» porque forma, en el dolor consentido, «a Dios en el alma y al alma en Dios».

Pregunta 18. Hay dos cruces: la de madera, que se lleva; y la de la Voluntad, sin altura ni anchura, en la que ya no se lleva nada, sino que se arde, con Jesús, para ser la vida de todos.

Undécima parte — El Reino de la Divina Voluntad: esperanza, frutos y cumplimiento

Pregunta 1. Alegría, paz, fortaleza, bondad, amor, santidad y belleza: tales son los «besos de vida» con los que la Divina Voluntad corona ya al alma que vive en ella.

Pregunta 2. El Reino de la Redención sana el mal una vez que ha llegado; el Reino de la Voluntad restaura, en su principio, el mismo orden que Adán poseía antes de la Caída —una naturaleza protegida desde dentro más que sanada después.

Pregunta 3. La Trinidad habita ya por gracia en toda alma fiel; en la que ya no le opone resistencia, toma las riendas de todo el ser y establece en ella su morada perpetua.

Pregunta 4. El mismo Espíritu Santo dado a toda la Iglesia el día de Pentecostés no espera, para desplegarse plenamente en un alma, sino ser conocido, deseado y libremente acogido.

Pregunta 5. La santidad del Fiat no es un camino junto a la llamada universal a la santidad: es esta misma llamada, llevada a su grado más interior y radical.

Pregunta 6. El Reino de la Divina Voluntad no es nunca Cristo que vuelve a reinar visiblemente en la historia: es su gracia, ya dada de una vez para siempre, que triunfa por fin, durante un tiempo, sobre el rechazo que los hombres siguen oponiéndole.

Pregunta 7. Ninguna palabra de Dios sobre su Reino quedará sin efecto; ninguna criatura ha recibido jamás la fecha en que ese efecto se producirá; pero quien conoce y quiere esta

Voluntad es, desde ahora, una casa de Nazaret más, por medio de la cual este Reino crece.

Pregunta 8. El Reino no se espera mirando un calendario: lo apresuran, acto tras acto, alma tras alma, quienes viven ya en el Fiat.

Pregunta 9. Dios nunca golpea para destruir, sino siempre para reconstruir; y nadie, bajo el manto de su Madre, tiene nada que temer de ese día.

Pregunta 10. Dios nunca cambia los designios que ha querido, sean cuales sean las resistencias de los hombres; pero permite, sin quererlos jamás en sí mismos, que sus rechazos produzcan sus propios frutos de justicia.

Pregunta 11. En el Fiat, el alma corre con Dios incluso en sus actos de justicia: no para golpear por su propio impulso, sino porque su justicia es en sí misma santidad, amor y equilibrio de los derechos divinos.

Pregunta 12. En el Fiat, el alma llega «casi a perder» la fe y la esperanza, porque ya posee a Dios como alimento; pero solo la visión del Cielo llevará esta posesión a su cumplimiento.

Pregunta 13. Ser hijo de la Divina Voluntad no es llevar un título: es seguir, como una hija fiel sigue a su padre, cada uno de los actos de esta Voluntad y dar a conocer a otros lo que uno mismo ha recibido de ella.

Pregunta 14. No hay dos peticiones en el Padrenuestro, una por el Reino y otra por la Voluntad: pedir una es ya pedir la otra.

Pregunta 15. Esperar activamente el Fiat es llamarlo en cada acto y en cada ronda; incluso cuando el alma parece no hacer nada, unida a la Divina Voluntad participa en todo lo que Dios hace.

Pregunta 16. El Reino nunca vuelve más acá de la Cruz para recuperar un Edén sin Cristo: es el fruto madurado de su muerte y de su resurrección, nunca su elusión.

Pregunta 17. Cada gran figura del Antiguo Testamento no era más que una sombra proyectada hacia adelante: lo que anunciaba no era solamente al Mesías, sino también a quienes vivirían un día en su Voluntad.

Duodécima parte — La Divina Voluntad y la vida cristiana integral

Pregunta 1. Dios dotó al hombre de voluntad, inteligencia y memoria: el Padre comunica su potencia a la voluntad, el Hijo su sabiduría a la inteligencia y el Espíritu Santo su amor a la memoria. Los tres Fiat dan a conocer a Dios por la Creación, vinculan la memoria a los excesos de amor de la Redención y sostienen la voluntad humana mediante la Voluntad eterna.

Pregunta 2. Lo que el pecado desordenó potencia por potencia, la Cruz lo redimió clavo por clavo.

Pregunta 3. Dios habría podido suprimir el mal suprimiendo la libertad; prefirió dejar a su hijo el riesgo y el honor de amar libremente.

Pregunta 4. Nadie se eleva por encima de los mandamientos viviendo en el Fiat; desciende, por el contrario, hasta su raíz, allí donde el deber y el amor ya no forman sino una sola cosa.

Pregunta 5. La felicidad prometida por las Bienaventuranzas nunca queda diferida a un más allá lejano: comienza desde que el alma acepta hacerse tan pobre, tan mansa y tan hambrienta de justicia como lo fue el mismo Cristo.

Pregunta 6. Las tres virtudes teologales no son tres virtudes más junto a las demás: son la sombra proyectada de la Trinidad misma en el alma que cree, espera y ama.

Pregunta 7. Cuando el alma entrega su voluntad, el Fiat ordena y corona en ella todas las virtudes, que se mantienen como «nobles princesas» bajo su imperio.

Pregunta 8. Los dones hacen al alma dócil a las mociones del Espíritu: su fuego quema lo que permanece humano, y su soplo la dirige y la confirma en la Divina Voluntad.

Pregunta 9. La ley nueva no es una ley más después de la ley antigua; es la gracia misma que hace por fin posible amar lo que la ley no hacía sino mandar.

Pregunta 10. Vivir en la Divina Voluntad nunca dispensa de formar la conciencia; supone, por el contrario, una conciencia ya atenta a cada acto que quiere, de ahora en adelante, unir al Fiat.

Pregunta 11. No hay vida demasiado ordinaria para el Fiat; sólo hay actos que aún esperan ser hechos en él.

Pregunta 12. La virginidad y el celibato consagrados entregan el corazón solo a Dios; esta «verdadera virginidad», dice Jesús, se convierte en la «sombra divina» bajo la cual fecunda sus obras más grandes.

Pregunta 13. La esperanza hace al alma casi invencible y la eleva hasta la posesión del Cielo; en el Fiat plenamente establecido, esta posesión comienza ya por la comunión de bienes con Dios.

Pregunta 14. La realeza que el hombre recibió sobre la Creación (Primera parte) nunca fue un derecho de posesión: es un encargo de servicio, que la vida en la Divina Voluntad restaura en su verdad en vez de abolirlo.

Pregunta 15. La caridad más agradable a Jesús se dirige primero a las almas del purgatorio, incapaces de aliviarse, y después a las almas de la tierra cercanas a su Voluntad; en todo prójimo reconoce su imagen.

Decimotercera parte — El combate espiritual en la Divina Voluntad

Pregunta 1. El demonio teme al alma que, apoyada en Dios, solo teme a Dios; combate el Reino del Fiat porque realiza lo que su rebelión rechazaba: la unión libre del querer creado con el Querer divino.

Pregunta 2. La tentación atravesada con Dios afianza las virtudes que parece amenazar; pero ante el alma plenamente establecida en el Fiat, es el demonio quien huye.

Pregunta 3. El discernimiento comienza preguntando humildemente si la experiencia viene de Dios; en el Fiat plenamente establecido, sus signos son una paz sin sombra y una constancia que nada hace variar.

Pregunta 4. Ni la vivacidad de una imagen ni la extrañeza de una experiencia prueban su origen; lo que viene de Dios deja una paz profunda y duradera que ni la fantasía, ni el sueño, ni el demonio pueden sostener.

Pregunta 5. Cuanto más recibe un alma de Dios, tanto más debe hacerse pequeña; lo contrario, la hinchazón ante los dones recibidos, es lo que delata el orgullo espiritual.

Pregunta 6. Lo que Dios no ha querido revelar no debe convertirse jamás en objeto de curiosidad; lo que ha revelado —vivir desde hoy en su Querer— basta ampliamente para ocupar toda una vida.

Pregunta 7. Una opinión particular, por severa que sea, no es el juicio de la Iglesia: a ejemplo de Luisa, el alma no se deja turbar ni desorientar, sino que permanece humilde y obediente, confiándose a la autoridad competente, la única encargada de discernir legítimamente.

Pregunta 8. El desaliento nunca se presenta como enemigo declarado; por eso hay que aprender a reconocer, bajo sus apariencias compasivas, el humor que seca silenciosamente la raíz.

Pregunta 9. La privación sensible de Jesús pone a prueba la constancia y purifica el amor propio; la aridez, en cambio, señala un alma todavía a la sombra del Fiat, no una vida plenamente establecida en su luz y su paz.

Pregunta 10. No existen dos combates —uno minúsculo y cotidiano, otro cósmico y final: es el mismo combate, ya ganado en su principio, el que vuelve a librarse cada día en el corazón de quien rechaza la ilusión, el orgullo y el desaliento.

Pregunta 11. La paz del combatiente cristiano no procede jamás de la ausencia de combate, sino de la certeza de que Aquel por quien combate ya ha vencido.

Decimocuarta parte — La Divina Voluntad y las realidades últimas

Pregunta 1. Cristo da a todos sus méritos como pasaporte seguro para el Cielo; en el Fiat, el temor a la muerte se transforma hasta convertirse en deseo de unirse a Él sin intervalo.

Pregunta 2. A la hora de la muerte, Jesús ofrece su «última sorpresa de amor» para arrancar al alma un acto de dolor, amor y adhesión a su Voluntad; María misma interviene como Madre.

Pregunta 3. El Fiat forma ya en esta tierra un «purgatorio anticipado» y abre el camino recto del Cielo; para las almas aún en purificación, los actos hechos en la Divina Voluntad trazan los caminos por los que les llegan los sufragios.

Pregunta 4. Dios no cambia jamás de rostro; es el corazón el que, al negarse a amarlo, transforma él mismo su presencia en tormento.

Pregunta 5. El Cielo es la comunión perfecta y definitiva con la Trinidad; ningún Reino esperado en la tierra lo sustituye ni rivaliza con este fin último.

Pregunta 6. La resurrección hará nuestros cuerpos inmortales y gloriosos con Cristo; ya en esta tierra, cada acto hecho en el Fiat es una «resurrección divina», anticipación y no sustitución de la gloria final.

Pregunta 7. El juicio final no prolonga el Reino terrestre esperado: lo clausura, como toda historia encuentra un día su última palabra.

Pregunta 8. Cada acto hecho en el Fiat despliega ya aquí abajo un «nuevo cielo» de santidad, luz y gloria, prefiguración real de la nueva creación y de la visión beatífica.

Pregunta 9. La muerte nunca rompe el vínculo de caridad entre los miembros del mismo Cuerpo; revela, por el contrario, toda su fecundidad.

Pregunta 10. Confirmado por Dios como acto divino, todo acto hecho en el Fiat se vuelve imperecedero, siempre nuevo y de una belleza que nunca se corrompe.

Pregunta 11. Los actos hechos en la Divina Voluntad toman enseguida el «camino real» hacia el lugar de honor en el Cielo; ya desde la tierra, esta misma Voluntad abre también caminos de auxilio hacia las almas del purgatorio.

Pregunta 12. Como los ángeles en nueve coros, los hijos del Fiat tendrán en el Cielo nueve coros de gloria, según los conocimientos de la Divina Voluntad recibidos y vividos en la tierra.

Pregunta 13. En el Cielo, la Divina Voluntad es beatificante; en el alma todavía en la tierra, permanece operante: cada acto multiplica en ella su Vida y comunica a los bienaventurados una alegría nueva.

Estas 214 fórmulas no sustituyen ni la lectura ni la vida: son un hilo al que asirse, para encontrar rápidamente lo esencial cuando la memoria vacila. La obra íntegra, disponible en amen-fiat.fr, es la única que ofrece la demostración completa de cada respuesta.

Amen. Fiat.